



Leopold Sacher-Masoch

# EL AMOR DE PLATÓN

*Traducción del alemán por José Amícola*

el cuenco de plata



## **el cuenco de plata / narrativa**

Título original: *Die Liebe des Plato*

Traducción de José Amícola

Director editorial: Eugardo Russo

Diseño y producción: Pablo Hernández

Consejo asesor: Amalia Sato, Alfredo Prior, Graciela Goldchluk,  
Mora Torres, Diego Rojas, Hugo Levin, Silvio Mattoni, Hugo Padeletti,  
Seigle Sánchez, Rafael Cippolini, Jorge Monteleone

© 2004, El cuenco de plata  
México 474 Dº 23 (1097) Buenos Aires, Argentina  
[www.elcuencodeplata.com.ar](http://www.elcuencodeplata.com.ar)

ISBN: 987-21274-7-6

1. Narrativa alemana I. Título  
CDD 843

Impreso en junio de 2004

**Prólogo\***  
*por Jacques Le Brun*

*El amor de Platón*, una de las novelas más autobiográficas de Sacher-Masoch, plantea el extraño amor del héroe a quien se le ha dado ese sobrenombre, y su punto de partida es también una reflexión sobre la felicidad. En las cartas dirigidas a su madre, el héroe, que no deja de expresar su intensa nostalgia y de ubicar junto a ella sus horas más dichosas, comprueba que su madre, “mujer pura y santa”, a causa de la ausencia de su padre “no fue feliz”. Partimos así del hecho de que no hay un *derecho a la felicidad*, y sobre todo de que no se debe ligar el amor a la felicidad. Si el héroe “siente una especie de miedo al amor” es porque, como se lo ha mostrado su madre, no hay “en el amor más que decepciones, dolores y heridas” y porque no procura más que “alegrías imaginarias”.

La novela pone entonces en escena un amor particular, en el que no hay *nada sensible*<sup>1</sup>, que no es una *inclinación*, fruto del azar, que no es una *pasión* transitoria, que no tiene relación con el placer. Según el héroe, es un “*don espiritu*-

El siguiente texto está tomado del capítulo dedicado a Sacher-Masoch del libro de Jacques Le Brun *El amor puro de Platón a Lacan* (El cuenco de plata / Ediciones Literales, Buenos Aires, 2004, traducción de Silvio Mattoni).

<sup>1</sup> El término alemán es *sinnlich*, cuya traducción puede ser tanto “sensible” como “sensual”, de allí toda la ambigüedad de la interpretación de este relato.

*tual de uno mismo*”, el intercambio de un alma con otra alma. Así escribe que, cuando ama a una mujer, anhela “no poseerla nunca para no perderla nunca”. Lo que se plantea es un rechazo de la posesión que se vuelve un criterio de la pureza “espiritual” del amor. Por otra parte, en la estructura general de ese amor, el miedo a la perdida debe entenderse como si se hicieran equivalentes la posesión y la perdida, pues la posesión *es* la perdida del amor: no se trata del miedo a interrumpir la posesión por una perdida inevitable, sino de la certeza de esa equivalencia.

Ese amor aparecerá en la novela a través de una estrategia (que es una de las fantasías de Sacher-Masoch, y que pasará de la novela a la realidad en su aventura con Luis II de Baviera)\*: el miedo a la mujer, en cuanto “ser puramente sensible” y capaz de destruir y “dar muerte”, ha sido advertido, y una mujer ha organizado encuentros nocturnos en los que aparece como hombre, tomando el seudónimo de Anatol. Al efectuar tal disociación entre el sexo femenino y el ser a quien se dirige el amor, se realiza un *amor espiritual*, tal como lo describe Platón en *El Banquete*, una obra que el héroe no ha dejado de leer y releer, hasta el punto de adoptar para firmar sus cartas el seudónimo “el nuevo Platón”. La disociación entre el cuerpo y el ser amado permite que no exista entre ellos “nada corporal, nada sensible”, sólo “el comercio de nuestros *espíritus*”. En dichos encuentros nocturnos con el ser desconocido, toda mirada ha desaparecido, al igual que todo

\* El episodio es relatado por Wanda Sacher-Masoch en su libro de memorias *Confesiones de mi vida*, y se incluye como apéndice de la presente edición.

contacto: “¿Te veré? [...] –No. –¿Nunca?”; sólo queda una voz: el ser desconocido es designado con las palabras “la voz”, “tu voz”, “una voz que me obsesiona”, y el héroe puede “no amar sino tu voz”. Es cierto que dicho estado, en su ambigüedad, no está a salvo de todo peligro y todo riesgo de cambio. Por una parte, en ese ser que “no es una mujer” el héroe ha “encontrado todo, todo”; ha encontrado *todo* en un ser que no es “ni hombre, ni mujer, o que entonces es ambos”. Tradicional mito de androginia que permite la reconciliación de los contrarios y el retorno al origen. En el caso del héroe Platón, pensamos en su madre, a quien le escribe: “No eres sólo una mujer, tienes el espíritu, el corazón y el carácter recto de un hombre”. Por otra parte, el héroe ha encontrado *el todo* porque se sustrajo al deseo de la felicidad y se volvió *desinteresado*: es el fruto de lo que llama “el santo amor” por el cual se sustrajo al deseo de la mujer, que sería “hacerlo feliz” y ser “todo” para él.

Pero a la inversa, cuando el amor puro de Platón hacia Anatol se apaga, el deseo renace y Anatol se vuelve seductor. Cuando la superchería se ha disipado con la presencia de la mirada y el contacto entre los cuerpos, el amor desaparece, el héroe se aparta reivindicando en contra del amor “la amistad, la verdadera amistad viril”; y quien antes tenía todo en Anatol puede escribirle a su madre: “Te tengo a ti”.

Habría mucho que decir sobre esta novela, una de las más logradas de Sacher-Masoch que, al igual que sus obras más conocidas, nos explica bien su concepción del amor. El amor, inconciliable con la posesión, permite realizar el perfecto *desinterés* con la ausencia de toda recompensa y el rechazo de la felicidad. Pero vemos a qué pre-

cio se obtiene entonces la pureza del amor realizada fuera del campo religioso, fuera de la afirmación de un Otro divino a quien dirigir el sacrificio, Otro lugar del todo-goce<sup>2</sup> y despojado de todo lo sensible, pero que gracias a la construcción trinitaria se torna el lugar de relaciones entre Personas. En la novela de Sacher-Masoch, un goce total, insensible e incorpóreo, es reemplazado por otro goce, el de la madre desexualizada, a la vez hombre y mujer, que constituye el destino de todo sentimiento desinteresado porque ha negado interiormente la felicidad. Sin embargo, el precio del amor platónico es una coloración netamente homosexual de las relaciones de Platón con sus amigos, Anatol y luego Schuster. Sus otras novelas expondrán expresiones diferentes de ese amor “puro”, otras tentativas de “purificar” el amor entre el hombre y la mujer, que Sacher-Masoch procuró realizar o relatar sin elaborar nunca su teoría.

<sup>2</sup> En el original, *toute-jouissance*, que tradujimos literalmente, pero que juega con el nombre del atributo de Dios, *toute-puissance*, “omnipotencia” (T.).

*El amor de Platón*



*La belleza del alma  
debe tenerse en más alta estima  
que la belleza del cuerpo*

Platón, *El Banquete*.



Visito siempre con muchísimo gusto la casa de los Von Tarnow, porque allí todo trasunta una atmósfera particularmente acogedora que impregna las cosas más pequeñas. Ese encanto parece brotar del aire, penetra absolutamente todo, desde los muros grises del castillo señorial, pasando por sus muebles desgastados y ya sin brillo, hasta las personas y los animales. Y, no bien se lo ha respirado, uno se siente capturado por ese aliento y en paz consigo mismo y en la mejor de las disposiciones. Se trata de una sensación de calidez y como si se estuviese bajo el efecto de una luz especial. Creo, sin embargo, que esta luz y esta calidez emanan sobre todo de la vieja condesa Karoline Von Tarnow. Más de una vez he olvidado —e inclusive superado— mis aflicciones, mis preocupaciones, mis dudas lacerantes, mi dolor más íntimo frente a la condesa con su gata negra en la falda y a la vera de altos aparadores taraceados al estilo de los más rancios antepasados; flanqueados también por la servidumbre, que en posición estatuaría parecía carecer de vida, mientras las llamas de la chimenea iluminaban la escena de modo desigual y la condesa misma dejaba irradiar la dulce y cálida luz de sus ojos.

También hoy vuelvo a experimentar el mismo sentimiento frente a ella. Hacía tiempo que me había ausentado del lugar, y mi primera salida a mi regreso fue para

visitaña. La condesa se halla, pues, nuevamente sentada frente a mí, con mis manos entre las suyas, mientras su mirada penetra mi alma pues, ¿qué cosa podría pasar inadvertida a esos ojos?

Es una noche de invierno con escarcha, clara pero fría, terriblemente fría me animaría a decir. Del exterior se ven titilar algunas estrellas. Mientras conversamos, las llamas de la chimenea lanzan sus lenguas rojizas sobre la alfombra. Tengo mucho para contar y ella me debe algunas respuestas.

La condesa es la única mujer, aparte de mi madre y de mi esposa, que me inspira respeto. Esta mujer, que impone su autoridad ante todos, no es de ningún modo despótica; ni siquiera es alta, sino más bien pequeña y tierna, con un rostro diminuto que a su edad aparece enmarcado de honorables canas, mostrando la mayor perfección de sus rasgos e inclusive su belleza; pero esta belleza es espiritual, y también espiritual es el poder que ella ejerce. Este poder radica especialmente en sus grandes ojos azules, que miran como desde otro mundo hacia el nuestro. Esta criatura hecha de puro espíritu le ha transmitido esta cualidad a su hijo, el conde Henryk, y cuando ella me mira siento por un momento como si mi amigo clavara su vista en mí.

—¿Qué es de la vida de nuestro Platón? —le pregunté repentinamente—. Hace más de un año que no tengo noticias suyas.

—Desde hace un año han pasado muchas cosas —respondió la condesa—. Muchas cosas pasan en un año. Se separó de su mujer.

—¿De su mujer? —exclamé, al tiempo que me ponía involuntariamente de pie—. ¿Henryk con una mujer, Platón con una mujer? Pero esto es imposible.

—¿Usted ni siquiera se había enterado de su casamiento?

—No supe absolutamente nada.

—Pero siéntese usted —dijo la condesa—. Sí, él se había casado hace un año y acaba de separarse; de esto hace algunas semanas.

Me volví a sentar.

—Platón casado, Platón separado —dije como para mí—. No lo puedo entender. Ese misógino.

—Nunca fue misógino —me interrumpió la condesa.

—Bueno, ese filósofo entonces, ese idealista, que no quería nutrirse de nada terrenal, que siempre cabalgaba sobre el arcoiris como el Saint Denis de Voltaire en *La doncella de Orleans* y consideraba a la mujer como el más ocurrente y bello de los monos... ¿Él, casado? No lo puedo creer. Todavía lo veo frente a mí, cuando me estrechó la mano por última vez hace tres años. Por aquella época no había tocado nunca a una mujer, ¿o me equivoco? Entonces le pregunté: “¿Alguna vez amaste a una mujer?”. Y me respondió: “Sí, claro, pero se trataba de un hombre”.

La condesa entretanto sonreía.

—Lo veo todavía frente a mí —continué—, sonriendo con infantil malicia con toda la belleza de su rostro. En ese momento me pareció ver en él a una muchacha disfrazada de varón, tan tierna y grácil era su apariencia. Siempre se desplazaba caminando en puntas de pie, por cualquier cosa se ponía colorado, cerraba los ojos al hablar, y movía las manos como si nadara en el aire. Siempre evitaba a las mujeres y trataba a los varones con una ternura y amabilidad que normalmente se usa con las damas. Sabía ser un amigo de sus amigos como nadie, podía ofrecer su vida por alguien que sentía próximo a su corazón...

No recibí respuesta a todo esto, pero mientras decía las últimas palabras, la gata negra se había acercado a la chimenea sin hacer ningún ruido gracias a sus contornos afelpados, y de un salto se había trepado a la falda de la condesa, donde con los ojos entrecerrados había comenzado a ronronear y mover la cola. Esa gata respondía al nombre de Mimi, y era lo más perfecto y bello que yo había visto en mi vida; sus ojos redondeados y amarillentos expresaban tanta vida, tanta alma (gatuna, por supuesto) y tanta espiritualidad y bondad... Y esta gata tenía su propia historia, y su propio destino, y su dolor mundial, y su propia infelicidad: la de ser un gato y haberse enamorado de una persona.

Después de aceptar las caricias de la condesa, la gata saltó sobre mis rodillas, y al acariciarla noté que su pelaje estupendo todavía se hallaba helado por la noche escarchada de afuera y, por ello, exhalaba una frescura bienhechora.

—Su rechazo por las mujeres debió de ser más bien timidez —dije, retomando mis palabras.

—No, en él se trataba de principios —respondió la condesa. En ese preciso instante la gata se ubicó en la repisa de la chimenea, pareciendo poner gran atención en nuestra charla.

—¿Principios?

—Sí, existen más seres de naturaleza ideal, más corazones puros de lo que uno se imagina —dijo la condesa—. Solamente que algunos se avergüenzan de su bondad, y la esconden como algo que no debería exhibirse, sí, como si se tratara de un crimen. También usted. No se haga el pesimista ni el libertino. Lo conozco muy bien. Pero, en fin, para explicarle cómo sucedió todo tendría que refe-

---

rirlle las cosas desde muy atrás, y aun cuando consiguiera contarle todo usted no terminaría de entender la historia del casamiento. ¿Qué podría hacer para que usted entendiera? —reflexionó como para sí.

—Me estoy muriendo de curiosidad.

—Debería enterarse entonces de un hecho más antiguo —dijo la condesa retomando el hilo de sus reflexiones—. Sólo de ese modo no juzgaría usted mal a mi hijo. Lo mejor sería...

En ese momento se puso de pie, abrió uno de los altos aparadores, y extrajo de allí unos papeles unidos en forma de cuaderno que hojeó durante unos segundos.

Finalmente dijo:

—Lea usted estas cartas, pero no olvide que fueron escritas hace ocho años, y que mi Henryk no contaba por entonces más que veinte años. Y léalas en la misma secuencia en la que están atadas. La última vez que estuve aquí, el propio Henryk me pidió una aguja y un cordoncillo de seda azul y las cosió de esa manera, a la vez que les puso un encabezamiento.

Era tarde cuando regresé a mi casa, pero mi curiosidad había ido creciendo de tal modo que, no bien entré, devoré el contenido del cuadernillo sin soltarlo de las manos ni por un momento.



## CARTAS A MI MADRE

7 de diciembre

¡Querida mamá!

Llegué sano y salvo y me encuentro perfectamente bien de salud, pero me siento inmensamente solo y –no me da vergüenza confesarlo– tengo miedo. Sabes, por supuesto, que he vestido el uniforme de soldado con el simple objeto de cumplir con una profesión útil para la nación a la que pertenezco como ciudadano. Siento una gran nostalgia y, más precisamente, tengo unas terribles y profundas ganas de estar contigo, pero también añoro los viejos aparadores, los rinconcitos oscuros de la casa, echo de menos a mi gata negra, inclusive tengo nostalgias de papá, aunque él siempre fue muy estricto y se mantuvo muy distante de mí. Es la primera vez que estoy lejos de casa, es cierto. El lugar donde vivo es agradable y trasunta comodidad; ya hice las visitas de rigor al coronel y a los otros oficiales. El coronel se comportó muy fríamente, y los oficiales me tratan con cierto aire despectivo. Me hacen sentir que he llegado al regimiento gracias a recomendaciones de alto rango.

Por eso me toca estar solo en los atardeceres, junto a la estufa que irradia calor, mientras mi ayudante hierva el agua para el té y yo dejo volar mi imaginación; y esos momentos son precisamente los más felices, pues es entonces cuando me hallo contigo en nuestra casa adorada. Sólo necesito

cerrar los ojos y todo se presenta con nitidez ante mí. Ahora son las cinco de la tarde, la hora en la que tomamos el café en tu habitación. Anna pone la mesa, esa mesa redonda enorme, con el mantel amarillo floreado, mientras las tazas tintinean en las manos de Marcin. Oigo, entretanto, tu voz suave, pero también las de Alfred y Roman, que se burlan de Anna, llamándola “San Huyelaluz”, un apelativo que la pone fuera de sí. No sé, pero en este momento no podría reírme ni de sus muchas estampas de santos, ni de su guirnalda de mirto, ni de su devoción por el Padre Seráfico, ni siquiera por su pertenencia a la Asociación de Doncellas. Inclusive Marcin, con su adoración por la institutriz francesa, me parece como si estuviera obedeciendo a una fuerza de la naturaleza. Es decir, le faltaría algo a la casa si, mientras él estuviera sirviendo la mesa, no pusiera los ojos en blanco y suspirara. O si, limpiando el piso, no bailara con la escoba al tiempo que trata de aprender francés. ¿Qué hace Adam, entretanto? El bueno de Adam, a quien yo de pequeño ya adoraba, que era el único, aparte del ama de cría, al que se le permitía alzarme... A quien a pesar de su olor a establo, sus manos sucias, su cara rojiza de brandy, yo llamaba el bello “Ada”. Sin embargo, a Adam no le hago justicia; Adam se lavó una vez las manos, y ese fue el día en que se apareció con dos claveles rojos en la solapa y se le declaró a Rosalie. Si también se lavó el día de su boda, eso ya no lo podría asegurar. ¿Y qué es de Rosalie? Ese pan de Dios seguramente lloró mientras me amasaba el último pastel de manzana, de modo que debo haber comido sus lágrimas bien horneadas. Pero me lo paso hablando de la servidumbre, y olvido...

De todos modos, mis hermanos saben cuánto los quiero. ¿Mis hermanos, mis mejores amigos, han librado ya

muchas batallas? ¿Cuál de ellos es el comandante del ejército francés desde que me fui? Seguramente han de estar buscando a Napoleón. Y han de faltarles cuatro soldados de cartón de una fila de entre los granaderos, y también uno de los de infantería... y no puedo negar que también debe haber desaparecido uno de los lanceros —se van a enojar conmigo—, pero diles que me costaba mucho separarme de mis soldaditos y que he traído conmigo esos poquitos, y que ahora están sobre mi mesa, junto a mis libros y a los bustos de Pushkin y Lermontov.

Y después del café, te veo sentada delante de tu costurero, que tiene en la tapa la imagen de una ciudad, y debajo en letras grandes la palabra “Petersburg” (de lo contrario nadie sabría reconocerla). Te acuerdas seguramente que cuando yo era pequeño y venía el señor del castillo Von Festenburg a visitar a papá, como yo no sabía decirte quién había llegado, porque no podía grabarme su nombre, sin embargo corría a tu costurero y te contaba excitado. “¡Mamá, ha llegado el señor del castillo Von Petersburg, el señor del castillo Von Petersburg!”.

Te veo sentada delante de tu costurero con tu cofia blanca, mientras la ciudad de San Petersburgo se halla cubierta de camisas y medias, y frente a ti cuelga el retrato de mi hermanita muerta prematuramente, y sobre tu lecho se ve la cruz con el Redentor y la Virgen con el Niño Jesús. Cuando oscurece, toda la servidumbre se reúne en esa gran habitación sin ventanas, de eterna oscuridad, y Anna les lee por enésima vez la historia de Rinaldo Rinaldini o la de Iván el Terrible y sus guardias. Tú, mientras tanto, traes tus mantas y mantillas y cubres las jaulas de los pájaros que están inmóviles adentro queriendo dormir, las tórtolas, los piquituertos y los veintiún cana-

rios. ¿Son verdaderamente veintiuno o todavía más? Deben de ser más porque nunca regalamos los pichones, aunque tuvimos las más santas intenciones de hacerlo. ¿Viven todos los gatos todavía? ¿Y Mimi, mi amiguita negra, tolera la compañía de alguien? ¿Y el viejo Shocks, sigue matando de un mordisco a los conejos de Adam? Lo siento gruñir todavía y gemir moviendo peligrosamente la cola, mientras devora bolitas de pan que Roman le coloca sobre la mesa para que las barra de allí.

La sala principal está ya completamente a oscuras, como siempre, como cuando papá me colocaba de centinela mientras las cortinas blancas se animaban como fantasmas, y yo del susto salía corriendo; esa sala majestuosa, que a la luz del sol se alegra sobremanera, con sus sillones tapizados de seda azul, con sus cactus con flores rojas y con los innumerables cuadros —la muchacha con el gato; la máscara; Moisés mostrando la serpiente a los israelitas en medio del desierto; los paisajes, de los que me sabía de memoria cada árbol y cada rama...

Papá está sentado en su cuarto, leyendo junto a la mesa de mármol. Sobre la mesa tiene los retratos de Virgilio, de Goethe (en su larga bata con capucha y las manos a la espalda) y de Federico el Grande. Cuántas veces me entretuve sacando su pequeña daga de la vaina y metiéndola nuevamente. También está Napoleón en esa galería, sentado a caballo sobre una silla, como en la batalla de Leipzig, y el pequeño pianista de porcelana de cuya nuca sale una larga trenza.

Entre las dos ventanas se yergue amenazante el hombre en su armadura; por encima de su yelmo se cruzan dos sables romos en los que pueden verse marcas oxidadas de sangre. De la pared cuelgan una bandera turca y

la coraza de un Khan tártaro, muerto por un Von Tarnow en Sobieski, cerca de Zolkiev. También están colgados como trofeos las flechas de los mongoles, que no me estaba permitido tocar, pues tenían aún restos de veneno.

Pero te estoy entreteniendo con cosas que conoces bien y te rodean, y que para mí, en cambio, son increíblemente preciosas. Me parecen maravillosas desde que siento que están lejos.

Quieres noticias mías y justamente hoy no se me ocurre nada, pero espero contarte algo más en mis próximas cartas, pues así como cuando vivía en casa no había cosa que te ocultara, también has de saber todo lo que me suceda y mis más íntimos pensamientos y cada sentimiento, aun aquellos que puedan producir vergüenza. Todo he de contarte, aunque peque de ser demasiado detallista: todo lo que experimente, todo lo que me venga a la mente, las sensaciones que las cosas me produzcan y mi comportamiento. Y tú me vas a decir siempre, como me decías en casa, si he obrado de modo irracional o si he tenido razón en comportarme como lo haya hecho. Pues siempre me has guiado rectamente con tus manos, tan queridas y delicadas. Y cuando tu mirada descansaba sobre mí con dulzura, yo sabía que podía estar satisfecho de mí mismo. Adiós, mamá querida. Saluda de corazón a todos, de mi parte.

Tu hijo agradecido.  
Henryk

PD: Al ir a cerrar la carta, se me ocurrió todavía algo que debía haberte dicho. Se trata de un encuentro extraño. Cuando salía del cuartel para dirigirme a mi habitación, a mi lado pasó un trineo veloz como un rayo que

parecía producto de mi fantasía. En el trineo iba sentada una mujer joven vestida con las galas más suntuosas. La vi sólo por un instante, pero sabría decir que era rubia, que poseía unos ojos hermosos y la arrogancia de alguien de alto rango, es decir, de alguien acostumbrado a mandar. Me quedé petrificado mirando ese vertiginoso pasaje, y si sus cuatro caballitos ucranianos no hubieran tenido alas en su carrera, me habría ido en pos de ella. Naturalmente, estoy dispuesto a recorrer la calle del Pasco, a asistir al teatro, inclusive a visitar las iglesias, con el propósito de descubrirla. Y si me llegara a enterar dónde vive, me pasaría horas bajo sus ventanas con tal de ver su sombra detrás de las cortinas de su casa.

Aclaraine esto, por favor. Una mujer bella es, para mí, lo más encantador que existe. Puedo pasarme los días y las noches con ese pensamiento. Así, meuento a mí mismo historias en las que actúo como el héroe, y ella es a su vez la heroína. Ella aparece en mis sueños, pero no se me ocurre ni por casualidad poseerla. Inclusive he hecho la experiencia de que sólo necesito cambiar con ella diez palabras para...

Una mujer bella es como una obra de arte, por ejemplo una pintura, que no está permitido rozar con los dedos, a la que ni siquiera es posible acercarse demasiado si no se quiere hacer desaparecer la magia.

Volveré a ver a mi princesa, pero seguramente no he de hablarle. Voy a proceder como haces tú con tus rosas, oler su precioso perfume, admirar su forma, pero nunca cortarlas... Ríete de mí, dí que soy un muchacho tonto al que solamente se le ocurre hablar de tronchar una rosa tan arrogante.

Esta vez has obtenido de mí una carta bien larga, pero en compensación la próxima será más breve. Ten consideración con tu héroe un poco infantil, pero escribirte es mi único y el más bienaventurado de los placeres.

Buenas noches, mamá querida.

11 de diciembre

¡Mamá querida y bondadosa!

Te beso las manos por la bondad que exhala tu carta. ¡Qué feliz me siento de que por allí todos disfruten de buena salud, incluyendo también a los veintiún canarios! Entonces había contado bien, eran efectivamente veintiuno. No te preocupes por mí, pues me pongo siempre las medias de lana como me recomendaste y seguramente no voy a resfriarme. Todavía no he estado en casa de la baronesa, pero iré muy pronto.

Me recomiendas también que disfrute de la vida. Justamente tú, que siempre has recibido de la vida nada más que amarguras. ¿Tú me das ese consejo, el de perseguir a mi hada en trineo o, de lo contrario, hacerle la corte a una bonita mujer mortal? ¡Justamente tú, que encontraste en el amor solamente desengaño, dolor y humillación! ¡A ti, a quien sólo le fue dado fracasar completamente ante sus imaginarias alegrías!

¡Y me lo dices porque soy joven!

Por otra parte, ya no soy tan joven, o, mejor dicho, tengo sólo veinte años, pero mi espíritu ha madurado y

mi corazón es viejo. No, viejo no es la palabra, sino que está muerto.

Sé que papá no te ha hecho feliz, que viviste tranquila con tus hijos, mientras él... ¿Quién ha de ser feliz si tú no fuiste feliz en el amor ni en la vida? ¿Quién podría suponer que tiene derecho a la felicidad, si tú no la tuviste?

Lo que me transmitiste, lo que he visto en nuestra casa con los ojos siempre bien abiertos y ávidos de un niño, se ha fijado muy profundamente en mi alma. Tengo una especie de miedo ante el amor —siempre te lo dije—, y ahora quieres, tú, mi ángel, tú, la más pura y santa de las mujeres, hacer de mí un hombre mundano. Por supuesto, eres tan justa frente a los impulsos tormentosos de la juventud, tan considerada con los errores y las pasiones de los seres humanos, porque eres muy estricta contigo misma y porque tu calidad moral es muy profunda. Yo he heredado algo de tu carácter —no es que quiera ser mejor que las otras personas—, pero, con todo, puedo decir que soy más sensible que otros. Y de ti heredé ese desagrado por todo lo impuro... Por lo demás, he ido ya varias veces al teatro; también en ese entorno veo cómo la gente hace ostentación de su cultura, pero en el fondo son semisalvajes. Noto allí mucho adorno exterior, pero poca comprensión por el arte del dramaturgo o del actor. Mientras el público se ocupa de coquetear frívolamente, yo me sumerjo en el drama que se representa sobre el escenario y me olvido del resto.

¿Por qué será que los escritores, y justamente los mejores, nos presentan siempre acciones y personajes de tiempos pasados? A mí me da la impresión —quizás te parezca muy osado al decir esto— que con ello consiguen la mitad de lo que quieren representar. Yo experimento la más viva

de las sensaciones viendo que, en rigor, Egmont, María Estuardo, Bárbara Radzivil, Iván el Terrible, no pensaban ni sentían como los hace hablar el autor; y es por eso que no comprendemos sus comportamientos, que sólo eran posibles en siglos pasados y son extraños en personas de nuestra época. Y si el escritor los representara en escena como realmente fueron, dándoles a todos sus personajes el color del tiempo –lo que seguramente nadie puede lograr–, los comprenderíamos menos todavía. Me producen realmente una gran impresión aquellas obras ambientadas en el presente, por ejemplo, las buenas comedias francesas, o *El inspector*, de Gogol, o *La desgracia de ser inteligente*, de Griboiedov; y creo también que sólo por esa vía podemos obtener las mejores piezas históricas, y que, en rigor, ya las tenemos en parte. Así representaron a criaturas de su época Shakespeare en *La fierecilla domada*, Molière en *El avaro*, *Tartufo*, *El misántropo* y *El enfermo imaginario*, Moreto en *Doña Diana*, Beaumarchais en *Las bodas de Fígaro*, Lessing en *Minna von Barnhelm*, Schiller en *Los bandidos* e *Intriga y amor*, Goethe en *Clavijo* y *Los hermanos*, pero esos personajes se han convertido en descripciones históricas de increíble fidelidad y vivacidad. Y sólo esas obras se merecen, según creo, ser llamadas *clásicas*. Por eso me parece que es un absurdo que pone los pelos de punta representar *Los bandidos*, que en sus exabruptos y complejidades refleja tan bien el período prerromántico alemán del *Sturm und Drang* del siglo XVIII, con trajes de la Guerra de los Treinta Años del siglo XVII. ¿Por qué no, entonces, ya que estamos, vestir al Karl Moor con frac y a la fierecilla shakespeariana con rodete victoriano? Pero tengo que decirte algo más: los actores alemanes colaboran bastan-

te, aumentando la falta de naturalidad de sus tragedias, pues las recitan en un *tempo* y con un patetismo que a mí me resulta ridículo, mientras ellos se esmeran en caminar y en moverse por el escenario como nadie con sus miembros sanos lo haría en ninguna época.

El reloj ya me lo compré, por 80 florines, como me habías dicho, y luego una pomada por 1 florín y 50 coronas, y jabón por 1 florín. ¿Te parece caro? Dímelo, porque si es así, la próxima vez gastaré menos.

Rétame solamente cuando haga algo mal.

Hoy comí pastel de manzana, pero el de Rosalie era mucho mejor.

Les mando un beso a todos.

Tu hijo,  
Henryk

14 de diciembre

¡Querida mamá!

Ayer estuve en casa de la baronesa. Tenías razón en considerarla tu amiga. Ella no solamente te quiere sino que también *te comprende*. Y esto es mucho más importante. Siento una profunda estima por esta mujer que goza de tu confianza, pues sé lo que significa satisfacerte, despertar tu respeto y conservarlo. La baronesa me invitó enseguida para que volviera a la noche; y eso hice, como tú querías. O sea que participé en una *soirée* con todas las

letras y ya me introduce en la vida de sociedad. Por supuesto, había muchas damas allí, y debo agregar: damas preciosas y también con mucho ingenio. Lo que es bailar no se bailó, pero las personas de mediana edad jugaron al *whist*, mientras los jóvenes se entregaban a la conversación. Trabé relación con la señora de un general de una provincia lejana, que parece que en su época hizo furor en la capital. Esta dama anda todavía con el peinado en tirabuzones y con mucho maquillaje, además de usar un escote de cuarto grado (uno de mis camaradas sostiene que las mujeres llevan un grado más escotado el vestido por cada década que pasa). La generala se dedica ahora a proteger a tenientes jóvenes, y, dado que yo era el más joven de los tenientes, fui tratado con especial consideración, y hasta se me permitió que le echara la mantilla por sobre los hombros. También se quedó prendada de mí una mujer más joven, que vive separada de su marido (el hombre que la cortejaba acaba de morir en un duelo por ella). Esta dama ha producido un gran escándalo a su alrededor. Es muy rubia, de piel muy blanca y bastante fornida —esto lo puedo afirmar con certeza, pues tuve el placer de izarla hasta el carroje—; en pocas palabras, es una de esas ninjas de dos quintales, como le gustaba pintarlas a Rubens.

¿Estás contenta conmigo?

También estaba en la fiesta una jovencita encantadora, la condesa Adèle Potocka. Yo por poco me enamoro de ella; por lo menos todo el tiempo que pude admirar (desde diez pasos de distancia) su cara virginal, su cabello oscuro como la noche, sus ojos y sus dientes. ¡Qué dientes tiene! Uno hasta se dejaría morder por esos dientes. Desgraciadamente nos presentaron demasiado pronto, y

el encanto se eclipsó, aunque ella tiene una conversación agradable, ha leído mucho, y no es una belleza salida de una revista de modas.

Ah, pero hoy me toca guardia y debo despedirme pronto.  
Tu hijo que te quiere verdaderamente,

Henryk

17 de diciembre

Mamá:

Me preguntas por qué le tengo miedo al amor. Le tengo miedo porque temo a la mujer. Veo en la mujer algo hostil, se me presenta ante mis ojos como un ser completamente sensual y extraño, de igual modo que la naturaleza inanimada. Ambas me atraen y me repelen al mismo tiempo del modo más ominoso.

Sabes muy bien cómo me gustaba en las tardes tranquilas del verano quedarme sentado hacia la linde del bosque, cuando de a ratos se oía soplar el viento en un ligero susurro de las copas de los árboles encima de mí, mientras abajo, a ras del suelo, se percibía el grave zumbido de las abejas y abejorros y de las moscas doradas a través de la grama, y un poco más alto, en una ramita cualquiera, un pinzón cantaba su melodía, y desde lo más espeso del bosque venía hasta mí el sonido del mirlo. Entonces, me sucedía como si yo tuviera que ponerme a dialogar con la naturaleza en todo su esplendor, pero mis

palabras no recibían respuesta, o esa respuesta se daba en un lenguaje que yo no podía entender. Veía entonces que la hiedra, que circundaba amorosa y pintorescamente al roble en un abrazo, le sorbía la médula al roble hasta que dentro de algunos años habría de tornarse hueco y pudrirse... y mientras tanto el suave aliento encima de mí iba a transformarse en tormenta y derribaría al roble, si el rayo no lo aniquilaba primero. Veía también a los insectos bailar en el sol del atardecer y, súbitamente, veía también a los pinzones lanzarse a cazarlos; y más arriba graznaba el cuervo, que persigue al pinzón, y más alto vuela en círculos el águila que un día u otro ha de tomar por presa al cuervo, gracias a sus garras agudas y a sus alas poderosas.

A menudo me cruzaba por los campos y alegraba la vista con las florecillas azules del trigo, que asoman entre las amables espigas doradas, también con las hormigas que construyen sus terraplenes y con las perdices marrones que cuidan sus huevecillos variopintos. En realidad, los azulinos y las florecillas rojas, tanto como las amarillas que rodean el trigo, son una maleza con la que el grano debe sostener una dura lucha. Una vez encontré un caracol que había sido asediado por un batallón de hormigas, como los liliputienses sobre el durmiente Gulliver, y vi cómo el caracol se debatía en movimientos bruscos tratando de liberarse de las picaduras, aunque no lo habría de lograr. Y a la perdiz la ha de matar el zorro, mientras ella esté incubando sobre los huevecillos.

También el mar con su oleaje regular y armónico, sus formas amarillas por el sol y su entramado de algas verde claro, sus plantas acuáticas que parecen incitarme hacia él, se transformaría en algo frío y mudo que me encerra-

ría en sus brazos si aceptara su llamado engañoso, y luego arrojaría mi cuerpo sin vida despectivamente sobre la arena de la costa. Por cierto, el mar parece cantar amablemente, como si buscara adormecerte, con un suave sonsonete a modo de canción de cuna, pero se trata de un lamento de muerte escenificado por la naturaleza. Su voz es la voz de la pudrición, ésa es la que escucho. Sus olas te quitan la tierra debajo de los pies, y también las piedras, pues con su fuerza ahuecan los acantilados donde se halle una cruz, y una vez que rompen algún dique anegan tierra, animales y personas.

Y la mujer, ¿qué es lo que quiere cuando me atrae hacia su pecho, que, como la naturaleza, intenta tomar mi vida para crear nuevas criaturas y así darme de ese modo la muerte? Sus labios son como las olas del mar, ellos atraen, acarician y adormecen... y el fin es la extinción.

Búrlate tan sólo de mi idealismo; se trata, en verdad, de lo mejor que uno pueda poseer en esta vida, cuyo objetivo nadie conoce, nadie analiza, que parece existir sólo para su propio fin, y a quien el amor parece serle dado como aditivo, de modo de continuarse en un nuevo ser, que se entusiasma con el calor del sol y el frío de la luna y de las estrellas, y que, además, recibe a la muerte como si fuera un ladrón, como también nosotros la recibimos.

Tu H.

---

21 de diciembre

Queridísima mamá:

¿Cómo he de empezar esta carta, con todo lo que hoy tengo para decirte...?

Decir la más pura verdad es siempre lo mejor y, además, a ti nunca podría mentirte.

Bueno, he debido batirme a duelo y terminé hiriendo a mi contrincante. La cosa no fue seria; por lo tanto, todo salió bien, al fin de cuentas.

Tienes que creerme que no me batí por arrogancia ni por deseos de mostrarme valiente, simplemente no pude evitarlo. Los compañeros no podían perdonarme que yo entrara como oficial en ese regimiento. Primero se comportaban con gestos de desprecio, luego directamente ofendiéndome de palabra, especialmente el conde Komarnizki. No tuve más remedio que retarlos a duelo, lo que aquí es usual, y acabé por elegir a este que es el más rudo y peligroso.

¿Cómo me defendí? Los demás dicen que muy bien. La verdad es que no recuerdo cómo sucedió pero terminé hiriendo a Komarnizki. Y no quiero jugar de héroe. Lo cierto es que estaba muy furioso, pero también tengo mi dignidad y no hacía sino pensar en ti. Me mostré por eso frío y casi de buen humor. El viejo Wenglinski, que también había servido en sus años mozos en la caballería y se batió en muchos duelos, le dijo una vez a papá: "Lo principal es no esperar al rival, sino siempre ser el primero en atacar". Yo era un niño cuando oí eso, pero en el momento de mi primer duelo me volvió el recuerdo de esa frase. Y por eso me tiré contra mi contrincante echando chis-

pas. Komarnizki es muy robusto y yo soy débil y un hato de nervios, pero antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, oí que gritaban “¡Alto!”, mientras a mi rival le corría la sangre por la cabeza.

Acto seguido nos estrechamos las manos, y desde entonces pasé a ser el “buen camarada”, y tengo que beber con ellos, jugar y, lo peor, tengo que aguantar sus chistes subidos de tono. La vida de la oficialidad ya me da náuseas. Sólo hay uno entre ellos que me gusta. Se trata de un alemán, pero no sientas rechazo cuando te diga que, por su nombre, se nota que no pertenece precisamente a la aristocracia. Se llama Schuster.<sup>1</sup>

Justo ahora me vienen a buscar para emborracharnos con champagne.

Tu hijo Henryk

24 de diciembre

¡Querida mamá!

Tengo una gran novedad. Seguramente no vas a estar descontenta conmigo. Tiene que ver efectivamente con el “buen” partido que tú y papá han ido a buscar para mí. Imagínate mi sorpresa cuando recibo tu carta donde se

<sup>1</sup> Schuster significa “zapatero”. Este tipo de apellido proviene de la clase media que se originó en Europa con los gremios artesanales, no relacionados con la posesión de la tierra o el ejercicio de la vida militar como en el caso de los nobles. [T.]

me dice, medio en broma, que el conde Potocki le escribió a papá para comunicarle que él y los suyos están encantados conmigo. Y que papá, sin consultarme, le contestó que yo estoy igualmente encantado con la condesa Adèle, y que, por lo tanto, las dos familias han decidido concertar nuestro matrimonio.

Mi primera reacción fue de pánico. Luego me eché a reír, sobre todo después de darme cuenta de que era tu deseo, tu más íntimo deseo. Reflexioné un poco y me entregué al plan.

Nunca he de amar a una mujer, pero eso no me impide tomar a una mujer por esposa, cumplir mis deberes con respecto a mis padres, a mi propia familia. Está claro que a la mujer que le pida ser mi esposa nunca la he de engañar al respecto. Decidí, al mismo tiempo, ser completamente sincero con Adèle.

A la noche siguiente la encontré en la fiesta de rigor en casa de la baronesa, quien –me lo imagino– ha colaborado mucho con las cartas que te ha escrito para que tuvieras a la condesa Adèle en tu mira. La baronesa no disimuló mucho su intermediación. Enseguida me auguró felicidad con los ojos inflamados de entusiasmo. Las mujeres se sienten en el séptimo cielo cuando pueden actuar de casamenteras de algunos pobres diablos. Por eso se extendió diciendo maravillas de la condesa Adèle, luego habió de mis encantos, hasta que sus propias palabras la conmovieron tanto que tuvo que secar repetidamente sus lágrimas con un pañuelito de encaje –encaje auténtico de Bruselas. Luego me llevó a un jardín cerrado que estaba atestado de flores, donde Adèle se hallaba de pie dándonos la espalda entre arbustos de camelias en flor.

La baronesa me hizo una señal de complicidad nada disimulada y nos dejó a solas.

Me acerqué a la condesita, que repentinamente giró hacia mí y me miró con sus grandes ojos negros, mientras su mano acariciaba una flor.

—Nos quieren casar —empezó a decir ella—, pero tengo que informarle que, a decir verdad, no lo conozco. Todo lo que sé de usted me inspira respeto, inclusive simpatía. *¡Pero yo no soy de las que se dejan casar así como así!*

Y pronuncio estas palabras con tal energía y decisión que la hubiera abrazado.

—¿No? —dije a mi vez.

—¿Usted no lo toma a mal? —prosiguió en un tono más conciliador.

—Me siento halagado —le respondí—, pues tampoco yo quiero que me casen sin más. Pero se nota que usted es una muchachita deliciosa, condesa Adèle. Y tiene un temperamento bien notable. Ha sido un deleite para mis oídos escucharla.

En ese momento la tomé de las manos y ella exclamó:

—Usted ha despertado mi aprecio. ¡Seamos buenos amigos!

—Sí, seamos amigos, mi querida Adèle.

Y nos pusimos a bailar como dos niños, mientras nos moríamos de risa. Naturalmente puedes reprocharme lo que te voy a decir ahora: de casamiento ya no se habló más entre nosotros. El conde Potocki pone una cara larga de dos metros, y la baronesa no teuento. Papá, en cuanto se entere, va a consumir un montón más de rapé. Todo debido a que somos dos niños maleducados, la condesita de ojos negros como la noche y tu hijo...

29 de diciembre

¡Querida mamá!

¡Qué feliz me siento de que todos se encuentren bien por allí! Espero que la tos que tenía Roman no tenga consecuencias, ¿no es cierto? Pero que también Mimi esté padeciendo un catarro me parece algo como para suscitar la risa.

Parece que te contaron que soy considerado aquí como un individuo raro. Tengo la impresión, a partir de lo que me escribes, que estás descontenta conmigo. ¿Qué significa, en definitiva, ser raro? Una persona que no es exactamente como las otras. Bueno, si es por eso, yo no soy raro. Sin embargo, se me describe como una especie de ser fabuloso.

¿En qué consiste lo tremendo de mi comportamiento? Esto es lo que me gustaría saber.

No puedo negar que nunca tomo la iniciativa de hablarle a una dama. Pero esto no significa que no responda caballerescamente cuando una dama me dirige la palabra.

Se dice que tengo miedo de las mujeres. Bueno, eso es cierto.

También es cierto que me puse colorado cuando hace poco la generala me dio un golpecito con el abanico en plena cara; pero, ¿quién no habría de enrojecer si se encuentra de golpe frente a un busto antiguo con escote de cuarto grado?

También es cierto que no bailo y que, cuando me eligió la ninfa del cotillón, quien me pidió con las manos en alto (como alguien que pide por su vida) que le diera la vuelta en la rueda... ¡De haber aceptado, hubiera puesto en peli-

gro mi existencia, teniendo que levantar con mis débiles brazos dos quintales de una feminidad a lo Rubens!

Finalmente, me sentí muy feliz cuando una muchachita —a la que no amo y que no me ama— me hizo saber que no estaba dispuesta a que nos casaran. Pero, en resumidas cuentas, aparte de esto, yo no he hecho nada de malo, realmente. Por favor, saluda a papá de mi parte, y a mis hermanos todos, todos.

Tu hijo, el raro,

Henryk

31 de diciembre

¡Querida mamá!

La pregunta que me formulas es muy importante y seria. He reflexionado mucho sobre eso y voy a tratar de responderla ahora.

¿Qué es el amor?

Sólo te puedo contestar al respecto lo que yo considero que es el amor.

El amor no es para mí ese estímulo sensual, que mayormente pone en juego los opuestos más enfrentados: que la gente se odie y se bese al mismo tiempo. ¿Puede ser esto el amor? Para mí *el amor no es nada que tenga que ver con la sensualidad*.

Tampoco es esa inclinación protegida por la casualidad y que la costumbre fortifica con un contacto amable, en la que

---

se encuentra tanto bienestar y alegría, que, en rigor, sería posible sentirlo con cualquier otra alma buena. Esto tampoco puede ser, porque *en el amor no existe nada casual*. Y menos que menos puede ser esa energía que enciende las tragedias de la vida, mientras dura la fuerza de sus llamas, pero que cuando ésta se desvanece da lugar a la más jocosa de las comedias, esas que se actúan con puñales y abanicos y gafas impertinentes, pues *el amor no es una pasión efímera*. El amor, en verdad, no surge ni acaba nunca, se da sólo entre dos personas determinadas, que tienen el mismo sentimiento y una sola voluntad, y que, cuando se encuentran, saben desde el primer momento que son el uno para el otro. Nadie se los ha dicho, pero lo saben. Tampoco se trata de un conocimiento previo que les muestre el camino a los amantes. No se trata de un bienestar que los agujonee. No es la experiencia la que les enseña. Pero lo saben. Y cada hora a la que se entregan, cada día y cada año, les confirma que estaban en lo cierto. Y ese amor cesa solamente con el fin de la vida, y quizás ni siquiera entonces. Pues cuando algo vive en nosotros, eso es lo mejor de nosotros como don espiritual. Y con esta perfección sigue viviendo el amor. No sé si lo que veo con tanta claridad con los ojos de mi alma ha sido expresado con la misma precisión.

El amor es para mí en esencia esa entrega espiritual a otra persona. Uno entrega su propia alma a otra alma. Creo que cada persona siente ese bello impulso. Pero esa energía lo lleva a cada uno hacia el otro sexo, donde, me temo, no se ha de obtener satisfacción, pues miles de elementos sensibles obstaculizan el camino. Creen encontrar lo ansiado, aman, si bien terminan por ver demasiado pronto que se han equivocado. Pero se lanzan nuevamente a la búsqueda y encuentran otra vez, para volver a equivocarse, hasta

terminar en una sed de placeres, un absoluto cansancio y asco, o en una reserva triste y egoísta.

Bueno, dado que temo tanto la pérdida, temo al amor; y si he de amar a una mujer alguna vez, nunca la he de poseer, para no perderla.

¿Existirá una mujer que sea capaz de *un amor espiritual*?

El intento sería interesante, pero no voy a dar ese paso nunca.

Lo más noble, el mejor de los sentimientos, el que ofrece la mayor de las satisfacciones es para mí la amistad del varón con otro varón, porque es la única relación que reposa sobre una igualdad y es completamente espiritual.

Tu H.

3 de enero

¡Querida mamá!

Acabo de leer y releer *El Banquete* de Platón, de modo que me lo sé casi de memoria. No se puede comparar con nada del mundo el placer que procura desde el comienzo una obra genial de un gran pensador como éste.

Si quisiera repetirte todo lo que me ha embelesado en este libro, tendría que copiarte todo el texto. Un pasaje, sin embargo, he de citarte y es éste: *La belleza del alma debe tenerse en más alta estima que la belleza del cuerpo*.

De este modo tan hermoso, Platón pone en boca de Sócrates que él era como un fauno que tenía escondido en su interior la imagen de Dios.

Sin embargo, lo que a mí más me gusta es la idea de que el hombre y la mujer han sido originariamente una unidad, y desde que han sido cercenados por la mitad cada parte está buscando completarse con la otra.

También yo me siento una pobre mitad aislada...

H.

5 de enero

¡Querida mamá!

Ardo de impaciencia por contarte lo que me sucedió esta noche. Imagínate, yo estaba... no, así estoy empezando mal... no te va a causar ningún efecto. Te lo tendría que contar paso a paso, como sucedió, punto por punto. Ayer a la noche, entonces (comenzando de nuevo mi relato), mis compañeros me arrastraron a una *cukierna*<sup>2</sup>, donde los oficiales se divierten, donde todos gritan, pero, sobre todo, donde se bebe en grandes cantidades. También estaba allí Schuster, que leía tranquilamente el periódico *Allgemeine Zeitung* mientras parecía observar todo a su alrededor, principalmente a mí, a quien no sacaba la vista de encima. Cuando llegó la media-noche, se levantó de golpe Banffy, un auténtico húngaro de buen corazón, pero tosco como un mozalbete de establo, y le sopló algo al oído al conde Komarnizki. El conde me echó una ojeada, y me sonrió con aprobación, tras lo cual todos

<sup>2</sup> Pastelería. [Nota del autor.]

se ciñeron los sables nuevamente. Yo me sentía de lo más animado y dispuesto a todo gracias a las dos copitas de Kontuschuwka que había trasegado. Banffy y Komarnizki me tomaron entre los dos y me sacaron del lugar; los otros nos seguían. Así nos alejamos entre cantos, burlas y carcajadas, hasta llegar a la Armeniergasse, que se hallaba en la más plácida oscuridad. Sólo había allí tres ventanas iluminadas a ras de la calle, y Banffy golpeó en una de ellas sin titubear, flanqueado por su séquito.

—¿Qué haces? —le dije con asombro—. ¿Quién vive aquí? ¿No ves que estamos molestando a la gente?

—Aquí viven unas amigas nuestras. Dime si miento, Komarnizki.

—Sí, claro, nuestras amigas —contestó el conde—, y no las molestamos en absoluto.

Entretanto, la ventana había hecho realmente un ruido y allí apareció una atractiva cabecita de cabellos rizados. Al mismo tiempo, una dama entrada en años muy elegante y honorable abría la puerta de calle, dejando ver sus finos rasgos y una abundante cabellera blanca como la nieve.

—Pero, por favor, por lo que más quieras —le susurré a Banffy—. No puedo entrar así como así a una casa donde no conozco a nadie.

—Enseguida te presentaremos —me respondió—. Se trata de una casa absolutamente decente. Entra de una vez.

Entramos entonces al corredor, y de allí pasamos a un salón amplio, donde se veían dos ventanas cuidadosamente veladas por cortinados rojos, un confortable sofá de terciopelo, un piano y una mesa donde descansaba un álbum. Una gran lámpara irradiaba una luz brillante. Mis camaradas hicieron entonces las presentaciones ante las cuatro damas: la mayor, cuyo nombre he olvidado, y las

tres jovencitas, que respondían a los nombres de Antoinette, Cleopatra y Mignon. De ellas, la que llevaba el nombre de la reina de Egipto daba la impresión de una joven muerta de aburrimiento. Antoinette, en cambio, con sus ojos y cabellos negros, la frescura de su piel y la redondez de sus formas, regalaba energía y parecía tener un carácter estupendo. Mignon, por último, con su cabellera rubia ondulada y sus cejas pintadas de oscuro, impresionaba como si se sintiera obligada a una sonrisa constante y, por ello, dispuesta en cualquier momento a un ataque de malhumor; inclusive parecía triste, pero sobre todo muerta de sueño.

Me di cuenta de repente de que Banffy llevaba aparte a Mignon y le decía algo por lo bajo. Ella reaccionó con una sonora carcajada, pero su risa sonó seca y desagradable. En ese momento Komarnizki gritó:

—Tenemos que conseguir champagne.

Krulik, que también es polaco, sin hacerse rogar se puso de nuevo la gorra delante de las damas, sin ninguna cortesía, para salir por el encargo.

—Quédate —dijo a todo esto Schuster con su habitual estilo flemático—. Yo les consigo el champagne.

Lo que pasó a mi alrededor en la sala no lo sé, porque Mignon se lanzó sobre mí, y contra mi voluntad me desabrochó el sable al tiempo que me conducía a un saloncito interior.

Sentí que un cortinado blanco había caído detrás de nosotros, separándonos del resto. Nos encontramos de pronto en un pequeño jardín cubierto, que estaba lleno de flores que despedían un intenso aroma, iluminados sólo por una lámpara. El ruido de nuestros pasos era tamizado por una espesa alfombra, y al fondo relucía un espejo que

surgía repentinamente rodeado por una enredadera. Había también una glorieta rococó de rosas verdaderas, a modo de cenador, que contenía un sofá; más allá dos tortugas se hallaban aletargadas en medio del veredor.

—¡Ah, qué bonito, qué poético parece todo! —dijo yo—. Es el tocador de un hada, aquí sólo pueden producirse bellos acordes, sensaciones puras...

La muchachita me miró sonriendo.

—Sentémonos en la glorieta —dijo.

—Sí, con mucho gusto, con su permiso —le contesté.

—Pero claro, a usted le permito todo —exclamó, sin perder su sonrisa socarrona—. ¿Le gustan las rosas?

—Me apasionan las rosas —le dije—, pero todavía me gustan más los pimpollos, que son tan tiernos y virginales.

Cortó entonces un botón de rosa y me lo alcanzó. Así empezamos a conversar, mientras de la habitación vecina llegaba el ruido de risas y se oía que alguien ensayaba al piano, tocando una melodía del *Elixir de amor*.

—¿Por qué es usted tan frío? —dijo, finalmente, la rubieca—. ¿Acaso no le gusto nada?

—Usted me gusta mucho —le dije con cierto embarazo.

—Entonces... —y puso su brazo alrededor de mi cuello, mientras apoyaba su cabecita sobre mi pecho y me miraba desde su altura con una mirada que yo no había visto nunca, y que a pesar de parecer grácil y amable me produjo un pavor terrible—. ¿Qué lleva allí escondido? —dijo de pronto—. ¿Qué es ese filo que me da en la cara? —y golpeó con las palmas de sus manos sobre mi pecho.

—Es un libro...

—¿Qué libro? Seguro que es *La dama de las camelias*; muéstremelo...

Lo saqué con timidez de entre mis ropas.

—*El Banquete* de Platón —leyó de la tapa—. Ah, seguro que es muy divertido. ¿Me lo presta?

Se puso de pie y lo colocó sobre un tiesto de flores. Después se volvió hacia mí, como queriendo... Yo estaba de lo más nervioso, tengo que confesarlo, y la muchachita a mi lado, con su cabellera rubia con los tirabuzones al viento, parecía angelical, pero estaba queriendo sentarse sobre mí y era como si yo estuviera viéndote a ti, mamá, cuando te fijas en mí con tu mirada tranquila y penetrante. Entonces me puse colorado y apenas pude decir tartamudeando:

—Pero, ¿qué hace?

—Soy buena con usted —me dijo.

—Y yo también lo soy —le respondí tomando sus manos—, pero uno puede ser bueno con el otro sin... —aunque en lugar de terminar mi frase le besé las manos.

Ella me miró con una cara de enorme asombro, pero esta vez no se rió.

—Tengo mucho calor —dijo finalmente—. Vayamos a reunirnos con los otros.

En la sala, los oficiales se hallaban sentados, o mejor dicho recostados, alrededor de la mesa, que aparecía cubierta con botellas de champagne y copas. Banffy, con su uniforme desabotonado, sostenía a Antoinette en sus brazos, mientras su corbata aparecía abandonada frente a él. Komarnizki estaba sentado en el medio del diván con los pies colocados como un turco, mientras Cleopatra se hallaba justamente en la operación de colocarle un turbante hecho con una servilleta.

Schuster, entretanto, se encargaba de llenar la copa de la vieja, que ella bebía de buen grado con una inclinación grácil de la cabeza.

Mignon se sentó con toda seriedad cerca de la lámpara para leer *El Banquete* de Platón, mientras se apoyaba sobre una mano para equilibrar el peso de su cuerpo. Cuando la luz dio en ese rostro joven y puro, mientras ella mantenía los párpados bajos por la lectura, me pareció tan bello y virginal como el de la Virgen.

—¿Qué estás leyendo? —exclamó Banffy, a la vez que le arrancaba el libro de la mano—. *El Banquete* de Platón —se respondió él mismo en voz baja—. ¿Quién te dio tamaña porquería? Ah... el filósofo ese.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Estás loco? —gritó Banffy—. ¡Tarnow, hermano del alma... darle a Mignon un libro así! —y se reía como un loco—. Ven, emborráchate a la griega, acá hacemos el banquete, ves, ves, tú eres Platón... el nuevo Platón, tú eres *amicus meus*.

—Sí, sí —gritaban los otros—. ¡Él es Platón, viva Platón!

—¡Viva Platón! —gritaba el coro completo de las voces jóvenes de bacantes en estado frenético.

Banffy dio un salto y empezó a hacer girar a Antoinette en remolinos, creo que tratando de bailar *czardas*. Krulik se arrodilló ante Mignon, con la copa de champagne en la mano, mientras Cleopatra apagaba la lámpara. Ambos cuartos quedaron solamente iluminados en ese momento por una pequeña lámpara mortecina. Extrañamente fue entonces, en esa oscuridad, cuando vi completamente claro y sentí el calor de ese ambiente cargado pesadamente de aromas que parecía embalsamar el aire y a mí mismo...

Por suerte, Mignon había salido de la habitación, no sé por qué. Mi mente esperaba ver surgir como una aparición a la aristócrata que había visto un día en trineo; ella debía entrar como una bacante coronada de hojas de pám-

panos, con un cuenco lleno en la mano, gritando “¡evohé!”... Me hice lo más pequeño que pude junto a la ventana, mientras el corazón me latía a punto de estallar.

—Ésta no es una compañía que te convenga —me dijo Schuster por lo bajo, que sin que yo lo notara se encontraba de golpe junto a mí—. Aquí está tu sable, ven.

Cuando estuvimos afuera, aspiré el aire fresco con fuerza. Era una hermosa noche de invierno, el cielo estaba estrellado, la nieve crujía bajo nuestros pies y Schuster me guiaba con un brazo sobre mi hombro. No dijimos una palabra, pero él había tomado mi mano y yo supe (sin que ninguno de los dos hubiera dicho nada al respecto) que nos habíamos tornado amigos para toda la vida.

Perdóname, mamá, si en esta carta te introduce en un ambiente tan bajo. Saluda de mi parte a todos en casa y diles lo que ya saben, que los quiero de todo corazón, pero que no podré reunirme con ellos por un tiempo.

Beso tus manos.

Tu Platón

7 de enero

¡Queridísima mamá!

Hoy sólo unas pocas líneas, en las que he de decirte que me encuentro bien de salud y feliz, enormemente feliz. He encontrado en Schuster un amigo como ningún otro en el mundo. Nos entendemos a las mil maravillas.

Cuando hablamos, el uno le saca al otro las palabras de la boca. También él piensa lo mismo sobre la mujer, también sobre el amor. Recién ahora me doy cuenta de lo que significa una verdadera camaradería militar, aunque Schuster es soldado en contra de su voluntad, como en mi caso, y con toda razón abomina de la guerra. Finalmente, visité a la buena de nuestra vieja tía Tarnow.

Saluda a todos de mi parte, también a la servidumbre.

Tu H.

11 de enero

¡Querida mamá!

Todavía no has respondido mis cartas anteriores, pero te escribo de nuevo porque me sucedió algo muy interesante.

Me había olvidado de mi bella rubia del trineo, y he aquí que me entero que es realmente una aristócrata. Ayer tuvo lugar el primer gran baile de la baronesa. No puedes imaginarte el lujo, la hermosura de las mujeres... Realmente, la más alta sociedad en su conjunto estaba allí reunida. Yo estaba junto a una ventana, como de costumbre, a medias cubierto por un cortinado, mientras hacía mis comentarios malvados, pero cuidando de no molestar a nadie; quiero decir, lanzaba las más horrorosas observaciones, los más maliciosos chistes, pero todo sin que llegara a oídos de nadie. No creo que alguien se haya divertido tanto esa noche como yo hablando conmigo mismo.

Estaban ya bailando la segunda danza francesa, cuando cierto movimiento en la sala anunció una aparición sorpresiva, y he aquí que la dama que entró del brazo del general daba pábulo a esas expectativas. Enseguida reconocí a la mujer que como un torbellino había pasado junto a mí en trineo y que había dejado tal impronta en mi imaginación. Y, como no se hallaba muy lejos de mí en ese momento, aceptando los honores de los jóvenes caballeros y oficiales, pude observarla a mi antojo.

Cada perfil de su figura, cada rasgo de su rostro, está presente en mi alma, y sin embargo me cuesta describírtela, pues la impresión que produce es la de un espíritu desprendido de su cuerpo. Su cualidad esencial no se halla en la conformación física, sino en su postura, en sus movimientos. Tampoco puede resumirse en sus rasgos, sino más bien en la expresión que ella da a esos rasgos; no en sus ojos, sino en cierta luz que titila en su mirada cuando la dirige hacia los objetos. Del mismo modo, puede decirse que la arrogancia que emana de esta mujer es espiritual, pues su cuerpo no es el de una matrona y ni siquiera es robusta. Por el contrario, su pecho, sus brazos y sus manos son casi infantiles, y sin embargo inspira hasta cierto punto respeto. Es joven, esbelta y de una estructura corporal refinada, pero mirándola bien es pequeña. En su rostro tierno, que es de color fresco y rosado y exhala un brillo perfumado, sobresalen solamente sus pómulos aguzados. Y su nariz es más oriental que griega, pero el atractivo que produce esa naricita inteligente y resuelta originaria de una corte de Mongolia es indescriptible, y la generosidad de sus cabellos rubios y sus ojos claros, grandes y azulados, recuerda la mirada penetrante de un águila.

Tan encantadora es esta mujer, que cuando toma la palabra parece dotar de arrobadora energía a todo su ser; sin embargo, tanto más marchita aparece cuando su rostro se impregna de esa expresión fatal de cansancio, que ahora parece tan moderna. Su apariencia pasa, entonces, de un extremo al otro. Los más contradictorios humores parecen enseñorearse de su alma y reflejarse en su rostro. Y uno puede apreciar claramente cómo sus rasgos se demudan o se embellecen o se iluminan. Así pasan de golpe a ser puros e infantiles y, acto seguido, nuevamente avejentados y espirituales, pues ella es la única dama de todo el baile (si se exceptúa a la condesa Adèle) que aparece sin maquillaje. Evidentemente, en un momento dado le hablaron de mí, pues ella giró lentamente la cabeza, mientras su mirada se desplazaba entre los grupos allí reunidos buscando algo, hasta que se posó sobre mí. Le hizo una pregunta a la generala, y luego tomó sus impertinentes para observarme de cerca con la mayor sangre fría; y lo hizo tan largamente que yo, confundido, no supe sino tomar del brazo a Komarnizki que pasaba cerca, y, dado que no se me ocurría cómo iniciar una conversación plausible, terminé preguntándole apresuradamente por ella.

—Es una rica moscovita —dijo—, más rica que Alí Babá, con millones, con diamantes, con esclavos.

—¿Cómo se te ocurre decir eso? En Rusia la esclavitud ya ha sido abolida —exclamé.

—A cambio de eso posee un zorro azul.

—¡Qué me importa su zorro azul! ¡Me importa ella!

—Bueno, se llama Nadieida, o mejor, Nadiezhda, que significa “Esperanza”. Es la condesa Nadiezhda Baragreff. Siempre ha vivido en la mejor sociedad, en Londres, París, San Petersburgo, Viena, Roma y Florencia. Está sepa-

rada de su marido. Se cuenta de ella que tuvo a un monarca en sus redes y que llegó a tener influencia en su gobierno. Tiene veintidós años.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Acaso has visto su pasaporte?

—No importa; lo sé. Por lo demás, ya me topé con ella en París y Viena. Está en todas partes y en ningún lado. Casada desde hace seis años, y desde hace cinco años y once meses separada de su marido.

—Ahora comprendo por qué parece dar la impresión de poseer un corazón herido —dijo más bien a mi pesar.

Más tarde la vi bailando, mejor dicho, deslizándose como un elfo, flotando por el aire como una ménade, con los ojos cerrados, dejándose llevar por su pareja como una muerta, como una willi, el espectro de las novias muertas jóvenes.

La condesa rusa me atraía y repelía al mismo tiempo. Era una presencia inquietante en mi alma.

Transcurría la velada y yo, hallándome de pie en mi puesto de observación en el nicho de la ventana, ni siquiera pensaba en presentarme ante ella, cuando de pronto quiso la casualidad que su pareja de baile le colocara un sillón a dos pasos de donde me encontraba, mientras los demás bailaban el cotillón.

Quise escabullirme de ese rincón, pero para mi desgracia me vi rodeado y tuve que entregarme. A la rusa no se le había escapado mi intento de huida.

—¡Ah! Usted es nuestro prisionero —dijo, al tiempo que me sonreía. Yo hice una inclinación de cabeza, pero no respondí una palabra.

Cuando de pronto otra persona raptó a su pareja de baile de su lado, ella dijo, esta vez sin fijar sus ojos en los míos:

—¿Usted no baila?

—¿Yo... Alteza? ¿Usted se dirige a mí?

—Sí, ¿a quién si no?

—No, no bailo.

—¿Quiere usted posar de raro?

—No, no es mi intención, yo no poso de nada.

—¿Tampoco quiere posar de ser Platón?

—Ese papel me cabe menos que ningún otro.

Ése fue el tono general de nuestra primera conversación. Después de un rato, cuando por un momento se encontró nuevamente sola, giró su cabeza hacia mí y me escrutó otra vez con sus impertinentes.

—Me habían dicho, sin embargo, que...

—Le habían dicho que yo era un lobo estepario que no se deja sacar a bailar, un Hamlet loco que no encuentra agradables a las mujeres, un insensato que no quiere saber nada del amor.

—Sí.

—Y usted pide que le muestren dónde se halla este nuevo Platón, y me escruta como Catalina II al rebelde Pugachof en su celda.

—Usted es realmente un ser raro —y después de una pausa, agregó—: ¿Y qué pasaría si lo eligiera para el próximo baile?

—Me rehusaría.

—¿No bailaría conmigo?

—No.

—Ah, pero es usted muy descortés entonces.

A partir de ese momento, durante toda la duración del cotillón, me trató con el mayor desprecio. Hacia la madrugada, sin embargo, cuando los salones aparecían ya vacíos, atravesó toda la sala de manera llamativa para venir en mi busca.

—Usted va a bailar conmigo.

—No.

—¿Y por qué no, si se puede saber?

—Porque para mí las mujeres son inquietantes, y especialmente usted.

—¿Yo? —y se encogió de hombros—. Si usted no me conoce.

—Claro que la conozco. La conozco a usted desde hace mucho.

—¿De dónde me conoce? —preguntó con vivacidad—. ¿Sabe que me acuerdo perfectamente de haberlo visto antes?

—Usted iba en trineo.

—Sí, el 7 de diciembre.

—Eso ya no puedo afirmarlo.

—Pero yo sí. Y usted dice conocerme... Usted no me conoce de ninguna manera.

—Me hablaron de usted.

—¿Y es tan inocente como para creer en todo lo que le cuentan? ¡Bah! Usted no me conoce.

—Sí, la conozco, la conozco. Pasamos mucho tiempo juntos y mantuvimos largas conversaciones —respondí impetuosamente.

—¿De dónde podría conocerme? —exclamó ella con vehemencia.

—De mis sueños.

—Sí, es cierto, yo también he soñado con usted.

—Todas las noches.

—Todas las noches —respondió ella en eco.

La condesa había tomado mis manos fijando sus ojos en los míos, y mientras me miraba sucedió como si nuestras almas se miraran mutuamente en su interior. Y su alma se abrió patente ante mí, y apareció bella y resplandeciente.

deciente como la superficie tranquila de un lago, enormemente grande y profundo.

—Sentí que no le era indiferente, que no debía serle indiferente —retomó ella, corrigiendo sus palabras.

—No puedo negarlo. Usted tiene algo espiritual, que me atrae indescriptiblemente.

—Ésa es una adulación que, cuanto menos, nunca había oído antes —dijo la bella moscovita—. Normalmente, a nosotras las mujeres nos festejan y aman por otras cualidades.

—En lo que a mí respecta, considero más preciosa la belleza del alma que la del cuerpo, como afirma Platón.

—Pero ¿cómo puede usted ver o sentir la belleza del alma? —preguntó ella—. Eso sólo puede percibirlo por vía espiritual, por medio de pensamientos o sensaciones.

—Oh, esa belleza deja su impronta en todo —le contesté—. El rostro más horrible se transforma en bello cuando esa cualidad lo atraviesa; la voz más áspera se hace pura melodía cuando la belleza del alma la toca. Y también un rostro bello, como el suyo, y una voz melodiosa...

—Se dice de usted, sin embargo, que no quiere amar —me interrumpió.

—Quiero amar tan sólo con el *espíritu*, y ser amado sólo espiritualmente.

—¿Cree en un amor espiritual, entonces? —preguntó abruptamente.

—No en la mujer, pero sí en el varón —le respondí.

—¿Entonces me ama usted espiritualmente?

—Creo que podría amarla, si usted no fuera una mujer.

La condesa sonrió y pareció reflexionar por un momento, luego dijo:

—Bueno, eso siempre tiene arreglo; yo espero para dentro de poco la llegada de un hermano, al que me parezco

como una gota de agua a otra. A él va a poder amarlo platónicamente.

—Habrá que ver si él está dispuesto a amarme a mí.

—De eso estoy segura.

—¿Y se le parece a usted tanto?

—Como un hermano gemelo... y ahora me despido de usted. Hasta la vista... en sus sueños —y de ese modo se alejó de mí.

No sé, querida mamá, si de mi descripción pudiste hacerte una imagen de esta mujer tan singular. Para mí ella es exquisitamente espiritual, y cada una de sus partículas está como transfigurada por la riqueza de su alma.

Inclusive creo posible que ella pueda *amar espiritualmente*, pero, sin embargo, no me parece que exista una mujer que tolere *ser amada con el espíritu*. Tampoco ella lo toleraría. Y seguramente por esta razón no he de volverla a ver, salvo en sueños.

Tu Platón

[Al margen aparece escrito: No temas que me enamore de la bella moscovita, ni siquiera de su espíritu, aunque es una mujer de raza, como la Daschkoff y la Saltikoff.]<sup>3</sup>

<sup>3</sup> La princesa Daschkoff vivió en la época de Catalina II (la más genial de las mujeres rusas) y mostró tanto el talento de una conspiradora como de una estratega. Por ello presidió la Academia de las Ciencias. La bella condesa Saltikoff se caracterizó, por la misma época, por su amor por la música, así como por su bravura de amazona en el campo de batalla. [Nota del autor.]

20 de enero

## ¡Querida mamá!

Perdona mi largo silencio. Han pasado sólo ocho días desde que te escribí por última vez, pero para nosotros dos todo ese tiempo es mucho. Mi vida transcurrió de una manera tan uniforme que no tenía nada para contarte. Sin embargo, pasé días muy felices, pues con excepción de las cuestiones de servicio, me enfrasqué en mis estudios, en la lectura de libros extraordinarios y en conversaciones muy placenteras con mi amigo alemán Schuster. Como ya sabrás, hasta ahora me había dedicado especialmente a recorrer el área de la filosofía, pero mi amigo me ha abierto el panorama de las ciencias naturales. ¡Qué plenitud de impresiones y enseñanzas! Aprendemos y experimentamos juntos. Se me ocurre compararlo con el Doctor Fausto, mientras yo, como su servidor, me presento como un poco menos hábil que su asistente Wagner.

De la vida mundana de la alta sociedad me he retirado completamente. No quiero encontrar a la condesa rusa y, además, siento náuseas de todo ese mundo pretencioso. Tengo asco de la frivolidad de los salones, donde lo que sale de ese laboratorio son personalidades mediocres, nunca un ser de verdad. Me repugna observar ese hormiguero humano enormemente pequeño que se ajetrea como si fuera el universo. Y esto me sucede desde que he empezado a percibir que soy sólo una gota en el océano de la humanidad. Cuando no estoy en compañía de mi amigo, me siento muy a gusto en casa de la vieja tía Tarnow. Ella posee una vivienda pequeña, muy austera, pero ese lugar me es ya familiar como una cuevita de ratones.

Paso en su casa veladas enteras, sentado en un taburete de madera mientras ella ocupa un gran sillón de cuero. Y la tía siempre es tan linda de ver en su bata de seda negra, con su cofia blanca sobre la cabeza, mientras me toma de las manos. Sobre su respaldo se ubica el loro Staar, quien habla por lo bajo en sueños. Supongo que protesta contra el perro, con quien vive en la más rabiosa de las rivalidades. El fuego de la chimenea irradia un calor hogareño, y la tía me habla de su juventud. ¿Quién no habla con gusto de su juventud cuando se brinda la ocasión, especialmente cuando esa juventud ha sido tan pura y bella como la de la tía Tarnow?

Me contó justamente que había tenido muchos cortejantes, pero a quien había amado realmente era a un soldado, que encontró la muerte en Wagram cuando lo hirió una bala francesa. Y desde ese momento no amó a nadie más, y tampoco le otorgó su mano a nadie, sino que vivió para sí, recluida en sus recuerdos y en ese amor truncado pero que vivía en ella como una luz inextinguible. Por eso hay algo que me fascina en esta mujer, algo sagrado que apacigua y eleva. A menudo nos quedamos callados. Sólo nos mantenemos unidos por el calor de nuestras manos juntas. Y en toda la casa no se oye más que el tic-tac del viejo reloj. Y, entonces, de golpe esta tía vieja sonríe y yo sonrío con ella, porque me siento feliz y en casa.

También me he quedado a comer con ella. En esas ocasiones, cuando llego ya me espera en la cocina con su delantal impecablemente blanco, y cocina para mí, mientras yo pongo la mesa.

Imagínate, además la tía Tarnow es la protectora de todos los animalitos de la vecindad. Cuando después de la comida sale al pasillo de maderamen crujiente con un plato lleno de restos de carne y huesos (vive en el tercer piso que es un alti-

llo), se escucha un ruido infernal, como cuando se anunciaaba la llegada de los hunos y los tártaros, y de todos los techos vecinos bajan los gatos —gatos blancos, gatos negros, gatos amarillos, gatos grises y manchados— y se abalanzan con gruñidos y amenazas entre sí sobre la cena que les prepara la tía. También deja migas a los gorriones, y en sus bolsitos recamados lleva granos que deposita en los alrededores para los pinzones y los mirlos. Inclusive alimenta a los ratones, que, de cuando en cuando, se hacen visibles entre los tablones que cubren el patio interior. Cierta vez que la baronesa le hizo una observación al respecto, la tía Tarnow le contestó que los ratones también habían sido hechos por la mano de Dios.

La moscovita me había impresionado por su gran belleza, pero la belleza del alma de la tía Tarnow, a pesar de las arrugas y pliegues que signan su cara, me parece infinitamente superior.

Adiós, mamá, mi linda mamacita. Te beso en mi imaginación.

Tu Henryk

27 de enero

¡Querida mamá!

Hoy temprano recibí la siguiente misiva:

*Te amo con ese amor puro y espiritual que es aquel que tú persigues como tu más alto ideal, como la más sagrada meta.*

*Si tu alma necesita un alma amiga y afín, una compañera, ven a mí.*

*Un carroja ha de esperarte al filo de la media-noche en la muralla. La contraseña es: "Anatol".*

La escritura era masculina, pero algunos rasgos acusaban curvas de una gran y desusada redondez, que es algo que me atrae infinitamente porque trasunta cierta armonía de una gama de fuerzas y cualidades insondablemente humanas.

¿Quién era este Anatol? ¿Acaso era el hermano de Nadiezhda?

Sea como fuere, he de acudir a la cita.

[Agregado hacia el atardecer.]

Le he comprado a un judío vendedor de baratijas que vive en la calle Serwaniza<sup>4</sup> un grabado que me pareció valioso: *Las tentaciones de San Antonio*.

La composición del cuadro es maravillosa, no hay nada en ella de ese clima diabólico ni de las monstruosidades que me han repelido otras veces en el tratamiento del tema.

En este caso Satán ha enviado a una mujer, que es más peligrosa que su acompañamiento infernal, pues es una rubia de diabólica belleza. Ella reposa casi sobre el libro que el santo está leyendo a la débil luz de una pequeña lámpara y lo mira a la cara desde abajo, sonriéndole. ¡Y

<sup>4</sup> Calle de los judíos en la ciudad de Lemberg, Galitzia. [Nota de Sacher-Masoch.] Es interesante recordar que esta ciudad de encrucijada cultural, cercana al movimiento del jasidismo judío, se halla en el extremo norte de la cadena de los Cárpatos, que hacia el sur separa Rumania de Moldavia, encerrando y protegiendo de las invasiones del este a Transilvania, la región defendida feudalmente por el conde Drácula de la leyenda. [T.]

esta sonrisa es tan infernalmente inocente, tan virginalmente coqueta! La luz cae de lleno sobre su pecho pequeño pero que parece explotar de vida, mientras todo lo demás está en la penumbra... pero el santo sigue leyendo inmutable.

¿Por qué al ver estas *Tentaciones* se me ocurrirá pensar en la condesa rusa?

Platón

28 de enero

¡Querida mamá!

Te cuento que llegué al lugar de la cita bastante antes de la medianoche, y ya estaba allí el coche esperándome. Un viejo criado se acercó a mí con su sombrero en la mano.

“¡Anatol!”, dije con énfasis.

El viejo hizo una inclinación de cabeza y me condujo hacia el carroaje. Llevamos un rápido trote, las casas pasaban vertiginosas a nuestro lado; después de un rato perdí el interés por reconocer las calles por donde íbamos y me apoltroné calladamente en el asiento. El camino me pareció muy largo, quizás sólo porque estaba muy ansioso y excitado. Por fin, el coche se detuvo en un portal. El viejo abrió un cerrojo y me indicó una escalera amplia y alfombrada, jalonada de repisas con flores.

A través de un amplio corredor en cuyos nichos había copias de estatuas griegas e italianas, llegamos a un ves-

tíbulo débilmente iluminado que desembocaba en un saloncito que se hallaba completamente a oscuras. El viejo criado me llevaba de la mano, y yo lo seguí paso tras paso.

Así hizo hasta que me ubicó en un sofá, donde tomé asiento a su pedido. Cuando me quise acordar, había desaparecido.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentado. Seguramente no habrá sido mucho, pero mi ansiedad era tanta que cada segundo me costaba una eternidad.

En un momento oí dar las doce campanadas. Y con la última de esas campanadas —yo creía encontrarme solo todavía en el salón—, resonó una voz clara y maravillosa muy cerca de mí:

—¡Bienvenido, Platón!

—¿Fres tú? —exclamé sorprendido.

—¿A quién buscas? —respondió la voz.

—A Anatol.

—Yo soy Anatol.

Quise hacer un movimiento, pero la voz me advirtió:

—Quédate donde estás, no te acerques, sólo quiero hablarte y oírte. Nada corporal ha de suceder entre nosotros. Nada sensual ha de entorpecer la comunicación de nuestras dos almas.

La sensación de haber oído antes esa voz no me dejaba en paz. Permanecí quieto en mi lugar tratando de recordar su sonido.

—¿Qué tienes? ¿Por qué permaneces callado? —me dijo la voz; y esta vez sentí como si el aire estuviera trastornado por el pasaje de las ondas que llegaban hasta mí, como si ese sonido estuviera impregnado de alma y revoloteara a mi alrededor como una mariposa.

—¿Acaso una voz no es también algo sensual? —me es-  
cuché decir.

—Desgraciadamente no hemos llegado tan lejos como para anular completamente el soporte de lo sensual —res-  
pondió la voz, con galantería—, pero la voz es el elemento más espiritual entre dos seres, pues no nos toca más que a través de las ondas del aire que se mueven en la atmósfera y es como si esos movimientos fueran parte de las almas.

—Sí, el alma se torna parte de la voz —respondí—. Podría amar sólo tu voz. Tu voz es tan pura, tan cantarina; flota en el aire como el sonido de la campana más aguda o como el canto de un pájaro cuando uno se halla embosca-  
do en el verdor y rodeado de flores y plantas, y siente, oculto de todo, cómo respira la naturaleza.

La voz no respondió esta vez.

—¿Podré verte? —pregunté entonces.

—No.

—¿Nunca?

A esto no hubo respuesta. Después de un rato, dije, entonces:

—He hecho un extraño descubrimiento.

—¿Cuál? —preguntó la voz, desde un lugar que me pa-  
reció tan distante que me sobresalté.

—¿Dónde estás? —pregunté con un gran estremecimiento.

—Aquí, cerca de ti —dijo alguien, hablando en mi más inmediata cercanía con gran dulzura y con un tono que trasuntaba una paz celestial.

Ese espectro divino estaba produciendo un efecto ma-  
yúscolo en mi ánimo, captándome en una red invisible.

—¿Cuál es el descubrimiento que has hecho?

—Uno muy extraño.

—Dime cuál.

—Lo corporal obstaculiza a menudo nuestros más puros sentimientos, nuestras más matizadas sensaciones, nuestras más sagradas acciones. Muchas veces he deseado matar en mí ese costado, pero justamente aquí donde esa posibilidad corporal parece anulada, justamente aquí siento una atracción imperiosa de verte. ¿No es extraño?

La voz se mantuvo en silencio por un rato.

—El alma también puede ver —dijo entonces—, y te estoy viendo con los ojos de mi alma.

—¿Cómo me ves? —preguntó la voz, como una exhalación.

—Tu figura es dulce y esbelta; tu cabeza es noble, sin que sus proporciones sean regulares; tu cabello es abundante y rubio; y tus ojos asaetean mi corazón con sus rayos azules a pesar de la oscuridad de la noche.

Lo que siguió fue un profundo silencio. Al cabo de un rato, pregunté:

—¿Te veo como realmente eres?

—No sé —dijo en un tono que me pareció sarcástico, dado que el grano de la voz se quebró como si se tratara de una risa dorada e infantil en su superficie aterciopelada.

—Vete ahora por el mismo camino por el que has venido —agregó la voz después de un rato.

—¿Cuándo volveré a hablar contigo?

—Todavía no lo sé.

—Oh, dímelo, por favor —le rogué.

—Adiós —oí de repente, como en un susurro lejano. Luego sonó a la distancia una suave vibración del aire, una lenta desaparición. Todo quedó en silencio por un momento. Una mano tomó la mía...

Era la mano del viejo criado, quien me hizo hacer el mismo camino de regreso.

Pero esta vez el carroaje se detuvo directamente frente a mi vivienda. Y hace ya un rato que me hallo acostado y sueño con los ojos ampliamente abiertos. Y así como a veces nos persigue una imagen de la que no podemos librarnos, a mí me persigue una voz que, como el repiqueteo de una campana, sigue sonando insistente en el aire como mensaje en clave de una región transparente y fabulosa.

Y lo que más me tortura es no saber si he de oírla otra vez.

Podría morir de nostalgia por esa voz.

Platón

10 de febrero

¡Querida mamá!

No te ha llegado ninguna carta mía por bastante tiempo, pero no me lo reproches. Realmente me cuesta mucho escribir. No puedo hacer otra cosa que soñar. Siento como si alguien me hubiera arrancado el alma. Mi cuerpo se mueve sin que mis ojos tengan poder de ver. Me doy cuenta de que mis oídos oyen algo, pero lo que oyen es constantemente sólo esa voz. Primero sólo la oía de noche, ahora también surge en mi interior durante el día.

No puedo más. Estoy enfermo.

## Día 11

Durante todo el día me he sentido como muerto. Mi vida empieza a medianoche, no, un poco antes, cuando oigo llegar el carro que me conduce hacia Anatol. Estoy con él cada noche.

## Día 12

Hoy a la noche me preguntó la voz:

—¿Qué tienes? —¿Te sientes mal?

—Sí, estoy enfermo —respondí—, pero de nostalgias tuyas, de deseos de verte.

No recibí ninguna respuesta, pero en ese momento un tenue rayo de luz azulina iluminó la estancia y fue llenando todo el espacio con una dulce y mágica penumbra. Y pude percibir que me hallaba en un gran salón y a algo así como a diez pasos de mí se encontraba una figura oscura que se recortaba sobre un diván. La luz azul caía también sobre un bellísimo rostro humano.

—¡Anatol!

—¡No te acerques!

Observé entonces con estupor a ese amigo que jugaba a ocultarse; tan glorioso era su porte, tan espiritualmente atractivo era su rostro bajo la luz azul, pero, además, esos rasgos me eran conocidos... Súbitamente, me vino a la mente la similitud con la condesa rusa. Sí, era su mismo perfil y, sin embargo, al mismo tiempo, este rostro era diferente. ¿Sería realmente un hermano? ¿Quién habría de ser, si no era él?

Anatol calza altas botas, un amplio gabán con plegados a la moda rusa en tela negra, su cabello es rubio. Y, sí, él es muy bello, pero su alma es más bella aún.

Día 13

Hoy cuando ingresé al salón, se hallaba ya en esa mágica penumbra como de cuento de hadas, que crea algo así como una atmósfera de luna llena.

Anatol avanzó hacia mí. No es alto, pero su esbelta figura parece la de un joven dios, de modo que me recordó a un Apolo niño.

Era la primera vez que sentía su cercanía de tal modo.

Llegó hasta donde yo estaba, me extendió la mano y se sentó a mi lado sobre un almohadón.

Su mano era muy pequeña y ardía como fuego.

18 de febrero

Perdóname pero no pienso en nada más que en Anatol. Mi corazón está colmado de su recuerdo. Y, por eso, no puedo sino escribir sobre él.

Nuestro contacto en el inmenso salón, rodeados de estupendas pinturas y esculturas, con esa iluminación feérica desde arriba, puede llamarse algo así como ultraterreno. El piso se halla cubierto de alfombras que atemperan el ruido de los pasos, pero también los sillones tapizados de terciopelo oscuro, la enorme chimenea de mármol con estatuillas de bronce y todo lo demás hace que el conjunto concuerde en una gran armonía.

Y cuando suena la última de las doce campanadas, he aquí que aparece Anatol como un espectro que viene a la cita. Mientras hablamos, nos mantenemos con nuestras manos

unidas, y siento como si todo fuera tragado por un torbellino que nos llevara lejos. Con el primer canto del gallo, con las primeras luces del alba, sin embargo, Anatol desaparece.

¡Mi adorado espectro! De él he obtenido todo. Mi máximo ideal ha tomado cuerpo gracias a él. Y, con todo, sé que existe un amor espiritual, un amor en el que las almas se funden y se tornan un alma única.

21 de febrero

Me siento transido hasta en lo más profundo de mí por un miedo extraño, pero ¿qué felicidad podría igualársele?

Un rayo de luz me ha revelado lo que no quiero develar del todo, ni siquiera ante mí mismo.

Estábamos sentados ante la chimenea, y de repente una llama roja chisporroteó ante nosotros y arrojó sobre el rostro de Anatol su luz despiadada... Fue sólo cuestión de un instante.

Primero me asusté, pero Anatol me miró con sus grandes ojos tan venerados y mi impresión se desvaneció...

Tomé sus manos y me las llevé a los labios, y de nuevo me acongojó el mismo miedo en toda su crudeza. Sin embargo, esta vez me dio escalofríos con sólo pensar que podía echar a perder esa felicidad, y entonces dejé caer sus manos apresuradamente, cuando en rigor hubiera deseado seguir besándolas.

Me siento como transfigurado. No sé qué será de mí.

En resumidas cuentas, he comenzado por amar a un hombre y voy a terminar adorando a una mujer.

26 de febrero

¡Querida mamá! -

No puedo expresar con palabras a qué grado de introspección ha llegado nuestra relación y qué poético es nuestro estar juntos, lo que hace que esa hora sea la más extraña y espiritual que darse pueda. Siento también que me estoy tornando un ser espectral.

¿Y Anatol? A menudo pienso que el diablo, que ha tentado a San Antonio y a muchos otros bajo el disfraz de mujer, también ha venido a tentarme a mí bajo la máscara del varón. Y con esto quiero decir que tengo la sensación de que cada noche a las doce en punto me visita una mujer fallecida mucho tiempo atrás, pero que se ha apiadado de mí. ¡Tanto reúne Anatol las ventajas y atractivos de la mujer y del varón en un solo ser!

Anatol no es un hombre, no es una mujer, ¿es ambos a la vez?

Temo que mi felicidad sea demasiado grande como para perdurar y, sin embargo, sí... Un período vivido en tal limbo vale lo que una vida entera de los otros seres.

Tu Platón

PD: Me dices que una mujer puede sólo amar como mujer, es decir, quiere conquistar; por ello, tu mayor alegría sería que me dejara conquistar, si llegase la oportunidad en que una mujer bella e inteligente me atrapase con las armas del ingenio y de la sensualidad. Querida mamá, una vez que encontrara a la mujer que me quisiera y que yo a mi vez amara, con un amor tan espiritual y tan biena-

venturado como mi amor por Anatol, entonces nunca querría poseerla.

No querría poseerla porque lo que me preocuparía sería el *perderla*. Y, desgraciadamente, yace en la naturaleza de las cosas que pertenecen al reino de los sentidos el que se desvanezcan del mismo modo en que surgen.

Mi objetivo, en cambio, es un amor infinito.

28 de febrero

¡Querida mamá!

Hoy he oído reír a Anatol por primera vez. ¡Ah! ¡Qué bella es su risa! ¡Suena como un instrumento musical hecho de pequeñas campanillas chinas! Eso fue cuando le hablé de mi gata. La conversación fue así:

—¿Nunca has amado? —me preguntó.

—No.

—¿Tampoco has sido el objeto de un amor?

—Sí, claro que lo fui.

—¿Por una criatura del sexo femenino?

—Sí, por una criatura del sexo femenino.

—¿Esa hembra es rubia o morena?

—Morena, bien oscura, lo más oscuro que te puedas imaginar, pues se trata de mi gata negra.

Aquí fue cuando sobrevino la risa cristalina de Anatol.

—¿Y ella está profundamente enamorada de ti?

—Por supuesto —le contesté—. Fíjate cómo es.

—Sí, háblame de esa belleza —exclamó Anatol, estallando nuevamente en una risa cantarina como de monedas cayendo sobre un cuenco de plata. Espero que tu morenita sea realmente tan bella como dices.

—Oh, mi gata es muy bonita —respondí— y extraordinariamente occurrente y arrogante. Cuando cruza las habitaciones con su pelaje negro y brillante bajando un poco los grandes ojos amarillos, extendiendo su cola como si fuera la cola de un largo traje de fiesta, pero sin el menor ruido, se parece a una reina mora. ¡Y qué ternura hay en sus movimientos cuando con sus patas aterciopeladas se trepa alrededor de mi cuello y ronroneando me acaricia el mentón! Ha sido extraño cómo, desde el primer momento, mi gata se sintió separada de los otros de su raza y se unió a mí. La comunicación con un ser espiritualmente más refinado tuvo más atractivo para ella, y por eso se apartó de los otros gatos. Creo, por eso, que un matrimonio, un amor en el que la mujer mirara con similar admiración ciega a su hombre, debería ser eterno. Mi gata Mimi posee también un decidido costado intelectual. Siempre me pareció que era una hembra modelo. La primavera y la luna llena le producen arranques místicos. Entonces se torna una bruja y sube por los techos a cantar horribles cantatas. Pero luego parece avergonzarse y vuelve a mí con un amor todavía más fuerte que antes. Deberías verla cuando se sienta frente a mí y en su veneración mueve sus ojos amarillos en mi dirección, como para hacerse comprender, y cómo interpreta cada tono de mi voz, cada uno de mis gestos, cada una de mis muecas. Tenemos largas conversaciones sin palabras. Y, sin que nadie se lo haya enseñado, de puro inteligente que es, es capaz, para divertirme, de ensayar los saltos más alocados o traer

---

cualquier cosa en su hocico a mi pedido. Claro que esto lo hace sólo cuando está de buen humor. No soporta sobre ella ningún tipo de presiones. Y a medida que su alma se hace cada vez más espiritual año a año, también se desarrolla su inteligencia en la misma proporción. Ya no es un animal, pues se ha tornado cada vez más humana, de modo que sólo se siente cómoda en compañía de los humanos. Mi relación con este ser es la mejor prueba de que existe un amor espiritual, dado que en este caso no se podría hablar de nada sensual en ella.

—¡Pero aquí podríamos hablar de instinto y de egoísmo! —exclamó Anatol.

—Este juicio era el que esperaba de tu boca, pero debo decirte que aun su instinto y su egoísmo son de lo más extraños, puesto que no soy yo el que le ha llevado nunca el alimento sino mi madre, y, además, tenemos cuatro gatos. ¿Cómo puede ser que justamente esta gata, y solamente ésta, me haya elegido como su preferido? ¿Y si puede darse tal relación espiritual entre un animal y una persona, por qué no habría de darse entre un hombre y una mujer?

—Oh, sí, por cierto, esa relación es posible —respondió Anatol.

—¿Lo dices justamente tú? —exclamé en todo mi paroxismo.

—Sí, yo. Pero el hombre debería tener paciencia con la vanidosa mujer, que hasta ahora siempre ha estado acostumbrada a ser tratada bajo la tutoría del hombre, y también sólo a ser objeto del constante homenaje. Y, por ello, a partir de ahora ella debería ser tratada como una igual y renunciar a todas las golosinas y dulzuras con que se la premia como a un caballo.

—No bien una mujer se muestra vanidosa, se torna incapaz de un amor espiritual, pues esa mujer no soportaría el pensamiento de que podría no ser atractiva —dijo por mi parte.

Anatol calló por un instante y, al cabo de un rato, agregó:

—La mujer quiere, en primer lugar, lograr la felicidad del otro, quiere sentir que significa todo para el hombre...

—Sí, ella quiere ver al hombre a sus pies pidiendo limosna, para que ella, entonces, pueda comportarse como la reina que concede —exclamé.

4 de marzo

¡Querida y bondadosa mamá!

No te preocupes por mí, yo me siento bien. Y si no hablo de mí en mis cartas es porque me ocupo muy poco de mí mismo. El sagrado amor que llevo en mi corazón ha combatido mi egoísmo.

El martes de carnaval hubo un brillante baile de disfras en casa de la baronesa. Yo había tenido inicialmente la intención de no asistir, pero he aquí que durante la mañana de ese día recibí la siguiente esquela:

*Espero encontrarte hoy a la  
noche en casa de la baronesa.*

*Tu Gata Negra*

De modo que tuve que ir. Con gusto te contaría sobre la fastuosidad de esta fiesta, la magnificencia de cuento de hadas de la decoración de los salones, la belleza de las damas y de sus galas, pero no estoy en vena, no tengo ya la libre disponibilidad de ánimo para eso. Al comienzo todos estaban enmascarados. Puedes entonces imaginarte cómo le carcomía la curiosidad a tu nuevo Platón, pero también cómo estaba de irritable tu hijo. Ansiaba y temía encontrar a la condesa rusa, pero, claro, ambos sentimientos eran vanos. Con la última campanada de medianoche aparecieron en el recinto dos nuevas máscaras que suscitaron un movimiento general de expectativa en la fiesta. La gente se apiñaba en torno a ellas. Había mucha algarabía y risas generalizadas. Se trataba de dos gatas: una gata blanca y una gata negra.

La una estaba cubierta de raso negro, con una cabeza de gato y patas hechas de pelaje negro que dejaban al descubierto unas inmensas garras negras; la otra, exactamente con los mismos atributos pero en blanco. De modo que se trataba de dos ejemplares similares, pero en la una podían distinguirse sus ojos negros y en la otra sus ojos celestes. La gata blanca era la condesa Adèle y la gata negra era... Anatol.

En el primer momento las galas más bien femeninas de las dos figuras me dejaron frío y tuvieron un efecto casi inquietante sobre mí, aunque el encantamiento producido por la gracialidad de la gata negra me impidió sentir, en rigor, nada de modo consciente. No puedo expresar con palabras cuán inmerso me hallaba en el mundo de los cuentos de hadas con la aparición de esas máscaras. Especialmente cuando una de ellas me tomó del brazo y a todas mis preguntas me respondía con un argenteado maullido, que de un momento a otro pasaba a significar

una afirmación o una negación. La gata negra expresaba así su contento o su repentino cambio de humor, según mi conversación, hecha de sutiles sobreentendidos graciosos, tocara su vanidoso corazón gatuno. Cuando nos sentamos en el jardincillo rococó, donde una vez había debido declararme a Adèle, mi gata negra comenzó a ronronear y a arañarme tiernamente con sus garras, y también a frotar su cabeza —como una verdadera gata— contra mi pecho...

Y entonces me sentí en un estado muy extraño, todas mis barreras se desplomaron y empecé a frotarle la cabeza entre las orejas, y creo que por poco, como castigo por no ser capaz de enamorarme de una mujer, me estaba enamorando de una gata.

18 de marzo

Hoy me crucé en la calle con la condesa rusa, por la primera vez desde... ¿Cómo podría describirte mi impresión? También ella se sintió incómoda. En un primer momento se puso completamente pálida, luego le volvió toda la sangre al rostro de golpe. ¡Y qué majestuosa y bella se la veía! ¡Qué imagen irreal, qué figura extraterrena a pesar de la larga cola de su vestido que pesadamente la seguía!

Me quedé un momento en suspenso, luego mis rodillas amenazaron con quebrarse. La saludé y ella me devolvió el saludo con un tímido y huidizo movimiento de su cabeza, que le sienta tan bien. Y yo —para qué negarlo— me

---

quedé un largo rato mirándola alejarse, hasta que su atuendo en color violeta claro se desvaneció en el aire.

Platón

25 de marzo

El ser humano es, sin discusión, el más ridículo y triste . . . de los animales. Su desdicha consiste, en mi opinión, en que marcha erecto. Los otros se mueven entre las exhalaciones de la tierra siguiendo leyes eternas, pero el humano dirige su mirada hacia arriba, hacia el cielo, y ve el sol, la luna y las estrellas, y de ahí se crean en su mente las más locas fantasías, y estas criaturas de su espíritu son las que arruinan y amargan su existencia.

Siempre y en todos los casos se ha de estar preparado para las desilusiones, las más fuertes y dolorosas de las desilusiones. Cuán a menudo me lo he dicho a mí mismo, inclusive en los momentos de felicidad más bienaventurada con Anatol. Y, sin embargo, ahora, en este preciso instante en que me acaece la primera desilusión, mi corazón desborda de lágrimas. Y lo único que quiero es acusar al culpable, a mi amigo, a Dios o al mundo. Y, sin embargo, nadie es culpable niás que yo mismo y mis doradas fantasías.

La primavera se ha anunciado esta vez en el momento esperado. Hace poco le llevé a Anatol como ofrenda las primeras violetas. Las noches se han tornado más tibias y tenemos casi luna llena. Por ello, decidimos pasarlo al aire

libre. Anatol se envolvió en una capa oscura y se colocó un gorro de astracán. Así subimos juntos al carroaje.

Nos hicimos conducir hasta el límite de la ciudad, donde se hallan los espejos de agua de los Palchinski. Ayudé a mi amigo a descender del coche y lentamente caminamos abrazados hacia el camino flanqueado de árboles. Todo nos parecía magnífico, seguramente debido a la magia de la luz de la luna, aunque esa zona está lejos de ser pintoresca. Nos maravillábamos de todo lo que veíamos a diestra y siniestra, inclusive admiramos una pila de cantes rodados junto al camino y hasta llegamos a confundir un cardo escarchado con una rosa diamantina.

Íbamos marchando imbuidos de la paz del lugar y felices y sin pronunciar palabra en medio de la noche silenciosa y clara, cuando de golpe se oyó un grito terrible que desgarró el aire.

—Tiene que ser el pedido de auxilio de alguien que se halla en peligro —dije, mientras apresuraba mis pasos. Y, realmente, cuando llegamos al borde del agua pude ver a una figura humana que luchaba por liberarse de la corriente. Esa persona se hundía y volvía a resurgir con esfuerzo. A mi lado, Anatol se apartó del agua con la mayor frialdad. Allí a unos pasos de nosotros había un ser humano que no quería morir y gritaba desesperadamente, y Anatol hubiera podido en ese mismo momento gastar cualquier tipo de broma.

Yo no lo pensé ni un segundo más, pues el tiempo apremiaba. Me desembaracé de la chaqueta y del sable y me arrojé al agua.

Cuando conseguí remolcar a la víctima a la orilla, descubrí que la criatura había perdido el conocimiento. Era un muchachito que no debía de tener más de quince años.

Podía ser el aprendiz de un panadero. Lo ayudé a volver en sí.

Cuando el episodio hubo terminado, Anatol se apresuró a venir a mi encuentro y me abrazó temblando. Luego me condujo rápidamente hacia el coche. Yo estaba completamente empapado, como nuestro perro cuando papá y yo nos decidíamos a bañarlo.

En el camino de regreso, Anatol empezó a hacerme reproches.

—Estoy enojado contigo —me dijo, en el curso de su argumentación— por el hecho de que hayas arriesgado tu vida. Que tal clase de individuo viva o no, no cambia nada en la Tierra. Si ese muchacho vive más o menos años, sigue comiendo, emborrachándose y durmiendo, ¿a quién le importa? Esas existencias completamente animales surgen por millones cada segundo, y también es lícito que desaparezcan por millones. La naturaleza sabe por qué devora a sus propios hijos.

—Eso, para mí, no es una cuestión de filosofía, sino que se siente o no.

Sí, es cierto, lo creo ahora más que nunca al contártelo, mamá. No es una cuestión sobre la que se pueda discurrir filosóficamente. Cuando pienso en cómo te apiabas de cada animalito que pudiera requerir tu ayuda, de un gorrión caído del nido o de cómo te prendabas de cualquier gato sin dueño... Ahora recuerdo muy bien una vez en verano que, estando la puerta abierta de nuestra despensa que daba al jardín, una lámpara atraía a la luz a unas mariposillas grandes y hermosas, y para que no se consumieran en la llama las atrapábamos y las liberábamos afuera. ¡Y aquí se trataba de un ser humano que luchaba por su vida en el agua!

Y me digo y me repito que Anatol quizás experimenta un sentimiento más profundo por aquellas personas a las que ama, pero que no puede amar a la humanidad entera. Pero sobre esto no se puede hacer filosofía.

18 de abril

¡Querida mamá!

No te he escrito durante un tiempo. Perdóname. Pero estuve de un pésimo humor que no podía superar; un estado que otorga a las cosas un sabor agrio, impregnando todo con sus tonos grises uniformes y hamletianos.

Feliz, lo que se dice feliz, me encuentro sólo en el medio de la naturaleza.

Anoche cabalgamos hasta Winicki. Los campos en silencio lucían preciosos bajo el cielo estrellado. La aparente calma y la oculta actividad de la naturaleza es algo difícil de describir, sólo se puede sentir.

Llegamos al borde de un curso de agua. Del otro lado había un molino, sobre el que caía un rayo de luz que salía de la misma construcción. Y con las paletadas regulares de la maquinaria, el pequeño edificio se estremecía como una serpiente. La rueda, impulsada por la corriente, hacía también un gran ruido. Al fondo, el bosque se erguía ante nosotros como una pared oscura. Desmontamos en la linde del bosque. El cosaco que nos acompañaba retuvo las cabalgaduras, mientras un campesino borracho con quien nos habíamos topado a la salida de la

taberna cantaba sin cesar siempre la misma canción, mejor dicho, siempre la misma estrofa. Nos indicó el camino a la Piedra del Diablo, una extraña roca en forma de alto murallón, sobre la que hacía mucho había quedado enzarzada una chaqueta. De repente la paz inundaba todo. La suave luz de las estrellas en la niebla hacía relucir las piedras blancas. Brillaban también los pequeños abetos oscuros asentados sobre un piso de musgo muy verde.

Nos sentamos sobre una piedra redonda, y mientras el campesino se tendía sobre el suelo que estaba cubierto de agujas húmedas de los pinos y se iba quedando dormido al mismo tiempo que canturreaba por la nariz, nos dedicamos a observar la niebla que empezaba a envolverlo todo, haciendo difusos los contornos de las cosas debajo, delante y encima de nosotros. Así tratábamos de descubrir en sus formas confusas otras formas a nuestro antojo:

- Mira allí una serpiente.

- ¿Dónde?

- Una enorme serpiente gris que avanza en zigzag por el musgo - exclamé en voz alta, presa de mi afán de comparar. El campesino se despertó entonces y retomó su canción:

*Un campesino de Cracovia  
tenía siete, siete caballitos,  
siete caballitos, siete.*

*A la guerra se marchó.*

*Al campesino de Cracovia  
uno, uno le quedó, uno.<sup>5</sup>*

<sup>5</sup> Krakowiaczek jeden/ mial koniku siedem/ mial koniku siedem/  
pojehal na vojnu/ zustal s'ie mu jeden. Canción folklórica de Galitzia.  
[Nota del autor.]

—Veo una manada de lobos —dijo Anatol, mientras señalaba hacia el bosquecillo de su lado—. ¿Y junto al abeto ese, qué ves?

—Una enorme figura con hábito de monje.

—¿No sería más bien un anciano? Y como las ramas se abren a los lados, ¿no parece como si nos estuviera consagrando y bendiciendo?

*Un campesino de Cracovia  
tenía siete, siete caballitos...*

cantaba nuestro guía que, al menor descuido, se quedaba nuevamente dormido.

—Ahora es como si un gran ejército atravesara el bosque —dijo señalando el conjunto de troncos de los pinos oscuros entre los que se escurría la niebla—, como Varo con sus legiones.

—O Napoleón con su guardia imperial —exclamó Anatol—. Veo su capa gris y los largos y grises capotes de los granaderos.

El aire en torno a nosotros nos parecía poblado de fantasmas y en la cima de la Piedra del Diablo podíamos ver tres figuras enormes de mujeres escuálidas con cabellos grises al viento que vestían unas túnicas grises amplias como grandes campanas, así como en la sabiduría popular se representa a las mujeres sabedoras,<sup>6</sup> y ellas formaban una ronda tomadas de la mano. En esa fantasmagoría nos imaginamos que llevábamos una corona sobre nuestras cabezas y también se nos ocurrían muchas otras cosas. Y, a

<sup>6</sup> La Sabedora, *die Wissende* (en alemán), *Widma* (en eslavo), es la bruja rusa, pero sin el carácter cínico de su equivalente germano. [Nota del autor.]

cada cosa nueva que uno descubría, había gritos de júbilo al mostrarlo al otro, y nos reíamos con una risa alocada o nos acurrucábamos el uno contra el otro, según que la aparición fuera jocosa o terrorífica.

—Mira, allí sobre la roca hay una matrona en cuclillas —dijo en un momento—. ¿Qué es lo que estará haciendo? Parecería estar rezando.

—No, está cocinando —me respondió Anatol.

*...tenía siete, siete caballitos...*

cantaba el campesino con una voz ronca en medio de su sueño.

—¡Rápido, rápido! —grité—. ¡Mira ese jinete allí arriba!

—Sí, es cierto, parece un jinete —dijo Anatol después de escudriñar el cielo por un rato, y agregó—: Pero no cabalga sobre un caballo.

—¿Sobre qué cabalga?

—Veo un animal completamente largo y extendido, con patas muy cortas.

—Claro, como la perrita del barón de Münchhausen, que se gastó las patas de tanto usarlas.

—Ya sé, ya sé. ¡Es un cocodrilo, un cocodrilo! —proclamó Anatol con una alegría infantil.

—Sí, un cocodrilo —confirmé yo.

*A la guerra se marchó...*

insistía el campesino con su voz nasal.

—Y aquí, de golpe sobre esta roca —dijo en un susurro Anatol—. Mira qué actividad: esos enanitos con largas barbas que van y vienen y se apresuran con sus cortos

---

pasitos y miden y trasladan y se afanan. Parecen decididos a construir algo.

—Sí, están construyendo el palacio de Blancanieves o el de la Bella Durmiente.

—O quizás el palacio donde iremos a vivir tú y yo. ¿No crees? —dijo Anatol a la par que me abrazaba con la mayor ternura.

Yo me quedé callado. No sé por qué no encontré ninguna respuesta.

29 de abril

¡Querida mamá!

Exiges de mí que te dé una imagen de nuestro contacto espiritual. ¿Cómo he de lograr esto, sin que mi fantasía se interponga en la reproducción de la verdad? Lo mejor que podría hacer para conseguir darte una idea es lanzar al papel diariamente lo que me queda de nuestras conversaciones con Anatol como jirones en la memoria. Sin alabar me demasiado, debo decir que mi capacidad para recordar es brillante, como por otra parte nos sucede a todos nosotros, los hijos cándidos y sensuales del mundo eslavo. Voy a tratar de escribir no tanto para ti, sino sólo describir lo que me parece más característico. Mañana sin falta empiezo con este nuevo método.

30 de abril

La primera disputa, y el motivo era bastante serio... Sabes el amor que tengo por mis tradiciones, por mi pueblo, qué fuerte es el sentimiento de mi región y aldea. Por ello repetí el poema en eslavo que dice:

*Cada pueblo, también el salvaje,  
ama su país natal,  
ama la lengua materna,  
ama su tierra, sus costumbres.*<sup>7</sup>

Y Anatol se echó a reír, a la vez que agregaba:

—No te entiendo. Yo, por mi parte, no tengo patria. Siempre estuve en el extranjero, siempre de viaje. Y confieso que me siento más a gusto con las vías regias y palacios de París, de Florencia y Venecia que con nuestras ciudades construidas en madera, con nuestros villorrios que huelen siempre a ajenjo y tomillo o con nuestros bosques de abedules y nuestras estepas.

No te puedo expresar la molestia que sentí en ese momento; fue como si su pequeña mano enguantada se me hubiera metido en el corazón y me lo hubiera apretado.

Luego Anatol siguió lanzando losas al cosmopolitismo en un bello discurso, hasta pasar finalmente a defender la monarquía.

—La monarquía es la forma ideal de gobierno —dije, por mi parte—, debo admitirlo, pero no es realizable. Quiero decir, cuando se entiende como el gobierno del primer hombre...

<sup>7</sup> *Kazhdij narod hot bi dik/ lubit svuj rodimij kraj/ lubit oteceski jazik/ svoju semlju i svichaj.* [Nota del autor.]

—O de la primera mujer —agregó Anatol—. Yo hubiera deseado encontrarme en el lugar de Catalina la Grande. Ella sí que hizo su experiencia de vida. En su honor transformaron unos páramos en tierra fértil, de la estepa desierta hicieron crecer, como salidos de un cuento de hadas, no sólo aldeas, sino también ricas ciudades y las fachadas de inmensos palacios.<sup>8</sup>

En ese momento miré a Anatol. Había llegado a un punto en el que mi comprensión por él estaba siendo carcomida en su base.

2 de mayo

Hoy le llevé a Anatol como regalo una estatuilla del Apolo de Belvedere en alabastro. Me lo agradeció muy vivamente, pero sin embargo sentí que no le había producido tanta alegría. Y aquí debo contarte algo sobre sus opiniones acerca de la estatuaria y de la pintura. No puedo ni quiero reproducirte todo, pero te digo que una vez tuve que echarme a reír. Fue cuando dijo:

<sup>8</sup> Alusión al viaje de Catalina la Grande a Crimea y la desvergonzada comedia que allí le jugó Potemkin. [Nota del autor.] La mención de Anatol es bastante contradictoria, dado que se refiere a las invenciones del ministro Potemkin, o Potiomkin, quien para mantener contenta a la reina fraguó a su paso por territorios alejados caravanas de campesinos que la saludaban alborozados, mientras a la distancia se veían ricas bambalinas de cartón pintado, de donde salía el humo (falso) de las cocinas. Al parecer la reina no se dio cuenta del engaño. [T.]

—El Apolo en tamaño reducido me gusta mucho más que el que está en Roma. Las estatuas que tienen tanta fama me producen cierta repulsión, me dieron siempre la impresión de no haber sido lavadas.

Primero me eché a reír, pero luego terminé enojándome por el tono frívolo que utilizaba Anatol para referirse a las obras más excelsas del arte más preciado.

—Algo similar sentí con las pinturas famosas —agregó—. Las beldades de la época pagana ya no aparecen mucho en los museos; en cuanto a las vírgenes, me hastian, y los paisajes, para qué hablar de los paisajes, nunca los toleré...

—¿Acaso no sientes amor por la naturaleza? —lo interrumpí.

—Sí, la naturaleza, claro que sí —dijo—, o, mejor dicho, en realidad tampoco, pero en todo caso me resulta más agradable un bosque real que uno pintado, aunque más no sea por el perfume.

En su argumentación un bosque aparecía unido aquí a perfume.

—Pero en el bosque real —dije por mi parte— falta la poesía, el clima poético. No todos saben dar con eso, pero se encuentra en un Salvator Rosa, en un Ruysdael. Ellos pintan en cada uno de sus paisajes eso inexpresable.

—El que no se halle en su elemento en el bosque —agregó Anatol con un dejo sarcástico— hace que menos se vaya a hallar en un cuadro.

—Tienes razón, Anatol.

---

5 de mayo

Anatol parece haberse cansado del contacto conmigo, o, por lo menos, del carácter exaltado, poético y espiritual de nuestras conversaciones. ¿Por qué habrían de producirse sino esa impaciencia, esa fácil irritabilidad, inclusive esas observaciones malignas, que desde hace poco tiempo ha empezado a mostrarme? ¿O no debería considerárselo una actitud maligna que obtenga inmenso placer al destruir mis ideales?

Hoy terminamos por hablar de viajes. Yo dije, entre otras cosas:

—Conozco todas esas obras de arte, que me son tan caras, sólo a partir de reproducciones. ¡Tantas estatuillas, grabados, fotografías que no he visto realmente jamás! ¡Cómo envidio que hayas visto todos los originales!

—Bueno, hay mucha falsedad detrás de todo eso —respondió sonriendo—. Viajamos, en rigor, sólo a causa de la posibilidad de obtener impresiones de nuestros sentidos en un espectro diferente, para distraernos, para estimular nuestra naturaleza nerviosa. Vemos catedrales, bautisterios, arcadas, galerías, etcétera, para poder decir que las hemos visto. Yo, en cambio, soy suficientemente sincero como para confesar que frente a todas las pinturas y estatuas famosas me sentí decepcionado. Hay que aguantar tanta arrogancia. Tampoco le dejan a uno ningún disfrute cuando tiene que lidiar con tanto inglés aburrido, tanta dama harta de ver arte, tanto guía, que repiten como una lección las diferentes bellezas de las obras maestras en voz alta, frente a tanto Baedeker de tapa roja y a tantos prismáticos. A mí me interesaron siempre los modelos de alta costura de las damas mucho más que los Rafael y los Canova.

11 de mayo

¿Me ha mentido Anatol o acaso me he mentido a mí mismo? ¿Ha venido sucediendo esto poco a poco o, simplemente, yo no lo noté desde un principio? Así como yo descubro en mis libros preferidos, por ejemplo en el *Werther*, pasajes nuevos y siempre un nuevo goce estético en diferentes lugares que no había visto antes, así también descubro diariamente en mi amigo nuevas mezquindades. Así y todo, él sigue teniendo esos maravillosos ojos azules, que son pura alma.

A veces tocamos el piano a cuatro manos. Anatol posee una técnica brillante, y sabe leer las notas correctamente y de un modo tan seguro que asombra. Por mi parte, a menudo toco la nota equivocada, y entonces él se burla de mí. Sin embargo, yo creo resucitar el alma del compositor, mientras que Anatol toca de la misma manera tanto Beethoven como Offenbach. Hoy se le ocurrió decir, con un tono casi de susto, que Mozart era apropiado sólo para tocar en las iglesias, y que por lo tanto debíamos tocar algo de *La Traviata*. Me levanté y cerré el piano.

Anatol se sintió por un momento picado. Después cambió la conversación y empezó a hablar de nuestra alta sociedad, y, mientras lo hacía, imitaba a las mil maravillas con ingenio y gracia a cada uno de los tipos que conocemos para ponerlos en ridículo y hacerlos aparecer bajo una luz desagradable.

—¿Cómo puedes tratar a esta misma gente y sonreírles con suma cordialidad, después de todo lo que dices de ellos? —le pregunté, algo lastimado por su actitud.

—Dios mío, pienso que es normal. Eso se considera “tener mundo”.

—Yo considero eso *no tener personalidad*.

—¿Cómo puedes decir algo tan malvado? —dijo Anatol, pero no de una manera agitada, sino de modo muy pausado y por lo bajo, y mientras lo decía se le llenaban los ojos de lágrimas.

En ese momento me dio pena por él, y entonces le pedí perdón. Él olvidó inmediatamente el percance y volvió a reír con su risa cantarina, pero el abismo entre nosotros se torna cada vez más grande.

12 de mayo

Anatol tiene una voz muy hermosa, y es capaz de hacer los gorgoritos de un ruiseñor. Hoy cantó “Solovoi”, de Alibieff,<sup>9</sup> y con esta cancióncilla pudo hacer que nos reconciliáramos mejor que con mil palabras.

14 de mayo

Ya no recuerdo cómo es que nos pusimos a hablar de teatro. Anatol ha visto a las mejores actrices en sus mejores papeles. Me contó sobre la actuación de la Ristori, y por cada escena que revivía para mí se ponía de pie y me la representaba con los gestos y los matices exactos. Así

<sup>9</sup> “El ruiseñor” es una hermosa canción del compositor ruso Alibieff, que en su coloratura y en sus modulaciones imita el canto de esa ave. [Nota del autor.]

representó la disputa entre las dos reinas de *María Estuardo* y la famosa escena “Vederemo”, de *Medea*. Inclusive supo reproducir la respiración regular y profunda del monólogo de la Ristori como Lady Macbeth, cuando aparece como sonámbula. Y todo de modo tan convincente que se me erizaba la piel.

Pero mi entusiasmo no podía durar mucho tiempo.

—En verdad, lo único que me gusta es el ballet —dijo Anatol—, el ballet con decorados como de cuento de hadas y vestuario al estilo de la ópera fastuosa de París, o al menos como se lo representa habitualmente en Italia. Mi imaginación es lenta y necesito el estímulo de una decoración brillante cuando se trata de crearme una ilusión. Inolvidable en mi recuerdo está la Lucile Grahn. Realmente no bailó sólo con los pies, sino con su alma, con sus sentimientos y, sobre todo, bailó poéticamente. La escena de las willis en el cementerio, cuando, a medida que va amaneciendo, regresa lentamente a su tumba mientras el amado trata en vano de retenerla, fue lo más maravilloso del arte escénico que he visto en toda mi vida.

Y al decir esto, Anatol se recostaba sobre la alfombra y mimaba el juego dramático de la Lucile Grahn, dando a la escena un patetismo que me conmovía profundamente, a pesar de la ausencia de la fastuosidad de la escenografía y de los trajes.

¡Qué magnífico don le ha dado la naturaleza a alguien como Anatol! Pero no para sí mismo, sino para los otros, para aquellos en los que despierta una poesía dormida en sus almas.

Recién ahora comprendo a los refinadísimos turcos, que reclinados sobre su otomana hacen cantar y bailar a sus odaliscas.

En Occidente, a la mujer se le ha quitado su más apropiada condición, la de esclava, la de ser el objeto de pasatiempo del varón, cuando en realidad él es el rey de la creación. *Sólo él debe ser llamado humano.*

15 de mayo

*Tengo que describirte de la forma más literal posible una escena que tuvo lugar entre Anatol y yo:*

Anatol: —Toda persona posee un libro favorito. ¿Cuál es el tuyo?

Yo: —El *Werther*...

Anatol: —Pero Platón... ¿Cómo puede gustarte semejante idiotez, un aguachirle sentimentaloidé? Recuerdo que, siendo niños, vimos una parodia de esa novelita interpretada por niños, en la que *Werther* arrastraba su frac por el suelo...

Yo: —Pero ese libro es tan simple, está tan atravesado de auténticos sentimientos, habla tan directamente al corazón. ¡Es tan directo; en fin, es tan inocente y contiene una emoción tan natural! Desde entonces nadie escribió en Alemania un libro semejante. Nos han dado muchos discursos, muchas ideas políticas, pero poca poesía. Schiller arruinó la literatura alemana...

Anatol: —No te entiendo. Para mí el estilo de Goethe está pasado de moda.

Yo: —Es cierto que lo vemos así ahora, pero justamente el rococó suministra parte del encanto, del mismo modo que el rostro de una jovencita bonita se torna más atrac-

tivo cuando se nos presenta con un lunar ficticio o enmarcado por el cabello empolvado.

Anatol (*meneando la cabeza*): —Ésa es tu opinión, pero no la mía. Encuentro que el *Fausto*, que es tan celebrado, también ha vegetado en la consideración general. Por lo pronto a mí me resulta demasiado gótico, demasiado bárbaro. Lo mejor de esa obra radica en que nos muestra cómo un hombre que ha vivido completamente refugiado en su espíritu tiene que degenerar en la dirección contraria. Sólo encontré un verdadero placer en Goethe en la parte de las canciones en la taberna de los comediantes en el *Wilhelm Meister*.

En ese momento yo tomo mi sombrero y abandono el lugar. Anatol reacciona, saliendo de su sopor después de un momento, y me llama.

—¡Lee el *Werther* cuando quieras quedarte dormido! —le digo con gran irritación, mientras me voy. En el camino experimento un tremendo vacío en mi corazón.

17 de mayo

Anoche no fui a ver a Anatol. Hoy recibí una carta suya de siete páginas, una carta llena de amor y llena de dudas.

Debo volver a verlo.

---

18 de mayo

Cuando finalmente entré la noche pasada al aposento de Anatol, me extendió su mano con un movimiento que expresaba tanto el temor como la vergüenza. Más tarde, sin embargo, cayó en el otro extremo y se comportó con total olvido de sí.

Súbitamente dio un salto y corrió hacia el bosquecillo artificial que perfuma el salón con el aroma de las flores allí reunidas, cortó algunos ramilletes de hiedras y rosas y me coronó con ellas... Se me antojó en ese momento que parecía un joven Baco y me sumé a su júbilo.

Con todo, de repente me puse serio.

—¿Qué tienes? —me preguntó Anatol, mientras colocabía su brazo sobre mi hombro y me golpeaba galantemente la mejilla con una ramita que tenía en su mano.

—Nada, nada.

—Sí, te pasa algo.

—Bueno, te vas a reír de mí si te lo digo.

—No me río.

—Me da pena que hayas cortado las flores...

—Pero son sólo plantas inertes.

—No son inertes. Ellas poseen también un alma, aunque no del mismo tipo que los animales y las personas.

—No te entiendo.

—Ves —continuó diciéndole—. Creo que hay dos elementos que originalmente se encuentran uno junto al otro en la naturaleza: lo sensual y lo espiritual. Cuando esos elementos entran en comunión, se origina lo que llamamos vida; y cuanto más íntimamente se unen, más elevado es el nivel de esa vida, más elevada es su esencia. Pero esos elementos se hallan también en lucha en las criaturas que

---

los han generado, y tienden a separarse constantemente. Sin embargo, uno de esos elementos se ve, al fin y al cabo, interpenetrado por el otro, hasta que la naturaleza aparece completamente conquistada por lo espiritual, y entonces la muerte deja de existir.

—Esto lo entiendo menos todavía —protestó Anatol.

Tú sabes, mamá, cómo soy cuando una idea fija me persigue, cuando construyo mis frases con afán. Sabes que no miro ni adelante ni atrás, y, en ese estado, me sucede que no veo ni oigo, y noto menos todavía si lo que estoy exponiendo le interesa a mi interlocutor. Por eso continué:

—Es nuestra tarea fortalecer lo espiritual en nosotros, desarrollarlo.

—¿Sabías que tu nuevo perfume me produce dolor de cabeza? —dijo Anatol interrumpiéndome, pues hacía rato ya que no me escuchaba.

Perdóname, pero ya no tengo ganas ni paciencia de seguir contándote con lujo de detalles nuestras conversaciones con Anatol, las que, como puedes notar, terminan siempre con una nota discordante. Te envío, no obstante, lo que ya tenía escrito. Te saluda de todo corazón

Tu hijo que te adora

Henryk

---

21 de mayo

Desde que me siento cada vez más alejado de Anatol, me encuentro más y más cerca de Schuster, el bueno y querido Schuster, con ese nombre tan horriblemente auténtico.

—Estás enamorado, pero no eres feliz —me dijo Schuster ayer de modo repentino.

Me sentí de golpe tan confundido, que no pude contestar a sus palabras.

—“Le convendrá al hombre estar sin mujer”, dijo San Pablo —continuó diciendo mi amigo—. Sufrirás en tanto la poseas. En cuanto la pierdas, vas a volver a sentirte mejor. Yo, por mi parte, prefiero una vida monacal, elegida voluntariamente, a un matrimonio o, inclusive, a las aventuras con mujeres casadas o no. Y, además de lo que se supone que hay que tolerar teniendo a una mujer a tu lado, encuentro que revela terrible inconsciencia, a partir de mi conocimiento de la vida, traer hijos al mundo, que por una parte habrán de aguantarme, y por otra deberán también pasar por la prueba de la propia muerte.

Schuster es una persona maravillosa. Deberías conocearlo y también me gustaría que él te conociera a ti, pues tú no eres una mujer. Tú tienes una vida espiritual y un corazón. Pero, además, posees en particular el carácter estable de un varón.

Me preguntas en tu última carta dónde desembocará mi relación con Anatol. Ni yo mismo lo sé. Si hablamos de desilusión, te diré que estoy desilusionado hasta la médula (me refiero a los aspectos espirituales), pero no puedo dejar de ver que me quiere y eso me da pena.

Pero no se trata solamente de compasión. Su personalidad y la atmósfera de la que ha sabido rodearse se han tornado insustanciales para mí.

¿Hacia dónde ha de conducirnos todo esto?

Para una relación de poca duración me parece que yo soy demasiado bueno, y para un vínculo duradero él me parece muy malo. No, la palabra "malo" no es la adecuada, es demasiado malvada, demasiado intrascendente, demasiado trillada, demasiado sensual. Sí, tan sensual que se queda en la superficie de las cosas.

24 de mayo

¡Querida mamá!

¡El ser humano es el más extraño y repetitivo de los Hamlet! En mis últimas cartas me dediqué a filosofar con alto vuelo, pero ¡qué mediocre es el resultado mirando mis actitudes! En el presente instante siento que ahora que se ha cortado el lazo espiritual con Anatol, estoy atrapado con vínculos mágicos.

Hoy a la noche —y casi me avergüenzo de contártelo... No me lo puedo explicar, pero desde que ha empezado a desaparecer mi amor espiritual por Anatol, lo encuentro tan bello —como te lo acabo de decir—, tan bello como alguien que te coloca bajo un hechizo.

La belleza del cuerpo es algo que debe tenerse en alta estima, cuando la acompaña la belleza del alma. ¿Acaso no ha de ser mucho más culpable la educación en una criatura

con estos fascinantes dones? ¿No sería posible ahondar con la educación la profundidad de semejante brillantez?

Pero, bueno, me hallo filosofando otra vez.

Hoy a la noche... ¡ah!, pero estoy un poco confundido. Ten consideración de mi estado.

A Anatol siempre lo había visto con su traje ruso, que se caracteriza por su amplio corte lleno de sobrepaños y, por lo tanto, deja entrever la figura más que verla realmente. Hoy a la noche apareció por primera vez frente a mí en una delicada vestimenta de terciopelo azulino-violeta (el color que más adoro). Con su cabellera rubia que le caía en tirabuzones sobre los hombros parecía un paje de Luis XIV. Y al caminar, el traje, que le ajustaba el cuerpo dejando al descubierto su espléndida figura, rechinaba con cada movimiento de sus caderas, como cuando uno va pisando hojas otoñales. En ese momento, por primera vez en mi vida, sentí ese impulso natural al que ningún ser viviente puede sustraerse por completo. Es decir que experimenté allí la más secreta sensación ante la belleza detectable por los sentidos.

Para ocultar mi excitación, eché mano a un libro que estaba semioculto en el tapizado del sofá.

Anatol lo notó, y con un grito se arrojó sobre mí para detener mi brazo mientras trataba de quitarme el libro de la mano.

Por un instante luchamos uno contra el otro. Y yo sentí contra mi pecho un pecho tibio y casi virginal, mientras la sangre se agolpaba en mi cabeza. Pero entretanto yo me había adueñado del libro, y para escapar a mi emoción traté de ver su título.

Anatol se había lanzado sobre el sofá y ocultaba su rostro, muerto de vergüenza, mientras yo leía en un susurro las palabras *Las cuitas del joven Werther*. Él, por su

parte, me espiaba con picardía mirando entre los dedos de su mano para ver mi reacción.

Y yo... yo estaba en ese momento a sus pies y tomé sus manos, a las que llené de besos. Mientras lo hacía, estaba de lo más agitado y temblaba de emoción. Y en ese preciso momento vi cómo sus arrogantes ojos azules dejaban escapar algo así como un brillo de triunfo.

Eso bastó para deshacer el hechizo. Me puse de pie y me dirigí al piano.

25 de mayo

¡Mamá!

No sé por dónde he de comenzar a contarte lo que sucedió. Tal vez sea muy intrascendente a tus ojos, pero fue demoledor para mi paz interior y completamente definitorio para mi futuro.

Sólo te pido una cosa: no me juzgues hasta no haber leído todo el relato.

Un abismo, que nada ni nadie puede llenar, se ha abierto en mí entre ayer y hoy.

Cuando iba subiendo la escalera hoy a la noche, y atravesaba el corredor que me separaba de Anatol, mi corazón latía muy aceleradamente. Así, me iba diciendo a mí mismo cuánto cariño le tenía y en qué medida se me volvía necesaria esa extraña comunicación con Anatol, poética y pura, como ese aire perfumado por flores bajo el claro de luna del que no podría prescindir jamás.

“Anatol tiene sus lados oscuros”, me decía, hablando conmigo mismo, “pero también tú tienes tu lado de sombra. Eso no será causa para que nos separemos. ¡Nunca, nunca!”

En ese momento me sentía tan dispuesto a aceptar absolutamente todo, a entregarme sin tapujos a la más completa y sincera reconciliación... En ese instante era capaz de olvidar todo, absolutamente todo. Le perdonaba a Dios el mundo que había hecho, le perdonaba a Klopstock su *Mesías* y a Richard Wagner su teoría de la ópera.

Con estos pensamientos entré al salón, que se hallaba completamente a oscuras. A través de la cortina que me separaba del tocador percibí un rayo de luz que daba un tinte rojizo a la tela, como si ardiera.

—¡Anatol! —llamé sin obtener respuesta.

—¡Anatol! —repetí. Entonces sentí una opresión inconrible en la garganta y el miedo de perderlo. Tuve el presentimiento de que ya no habría de volver a verlo, justo en el momento en que oí su risa cantarina detrás de la cortina.

Me precipité hacia donde venía la voz, cuando dos brazos femeninos me aprisionaron, mientras dos labios ansiosos se posaban ardientemente sobre los míos.

La condesa rusa se adhería a mí tomándome del cuello con la mayor naturalidad del mundo. Ella se hallaba nimbada por una nube de encajes, mientras su cabello rubio caía desvergonzadamente sobre sus espaldas.

Yo temblaba de pies a cabeza, tanto de placer como de rabia. En ese momento sentí que esa mujer, que yo había ansiado tanto y se encontraba entonces asida a mí, podía ser el objeto de mi amor, pues ella había sido capaz de poner al acecho todos mis sentidos. Al mismo tiempo, sin

embargo, sentí también que ella había jugado conmigo un juego frívolo y, por ello, me desembaracé con ímpetu de sus brazos.

—Entonces todo ha sido una trampa, una mascarada. Usted creyó que el momento había llegado para quitarse la máscara. Pero calculó mal, Alteza, el amigo de Anatol no es el hombre que puede tornarse esclavo de una mujer —le dije hondamente herido.

—¡Henryk, recapacita! —exclamó ella—. Yo te quiero y quiero ser tuya, sólo tuya, únicamente tuya.

—¡Oh, sí! —le respondí con sarcasmo—. Le creo. Claro. Platón, ese ser original, le otorga variedad a su vida, ¿y, al fin y al cabo, por qué no? Pero, ¿tenía que estafarme, burlándose de mis más sagrados ideales, de mis más profundos sentimientos, con el fin de convertirme en su amante? Dios mío, yo soy joven y estoy enamorado de usted hasta el cuello. Y si le interesa oírlo, debo decirle que le habría hecho la corte si usted hubiera coqueteado conmigo. Pero la comedia que usted jugó, eso, eso no se lo perdonaré nunca. Y eso es lo que nos separará para siempre...

—¡Henryk, por el amor de Dios! —exclamó.

—¡Adiós!

Yo pujaba por dejarla, pero ella se había aferrado a mí, y cuando pude finalmente liberarme, me siguió y se desplomó sobre el umbral del salón, cerrándome el paso.

—¡Sólo sobre mi cuerpo! ¡Písame siquieres! —exclamó.

—¿A quién está imitando en esta escena? ¿A la Ristori o la Lucile Grahn?

—Henryk, ¿eres tú el que me dice algo tan cruel? Eres muy desagradecido —alcanzó a balbucear—. Pero, en el fondo, ¿qué es lo que ha sucedido? Nada importante, ab-

solutamente nada. ¡Eres solamente ese Platón que no sabe aceptar las bromas! –y, todavía de rodillas ante mí, estalló en una carcajada.

—Ríete tú también de lo sucedido.

—Aquí no ha sucedido nada, Nadiezhda —le contesté, embargado de tristeza—. Nada y todo. Veo ahora que nunca dejaste de ser la misma mujer de siempre, esa mujer hastiada, que pudo distraer su aburrimiento conmigo tratando de imponer su opinión; una mujer que esperaba su presa como la araña en su tela y que se abalanzó sobre ella un segundo antes de lo necesario. Demasiado pronto... *c'est le malheur, Princesse, pour moi et pour Vous. Je vois à présent que Vous restez toujours femme.* Pero yo no puedo amar a una mujer, a una simple mujer.

—Pero, dime, por favor, ¿qué es lo tan excesivamente grave que ha sucedido aquí, según tu opinión? ¿Que yo haya aparecido una vez, una única vez con ropas femeninas? Puedo quitármelas de inmediato, enseguida, si quieres. ¿Eso es lo que deseas? Sí, voy a volver a ser tu Anatol, siempre el mismo Anatol, al que tú amas y que te adora.

—No —le respondí con el corazón transido de dolor—. Anatol fue una fantasmagoría nocturna, fabricada con aromas y luces, que se evaporó a la luz del día ahora para siempre. Eso no volverás a ser tú nunca más.

—Henryk —dijo Nadiezhda poniéndose de pie—, ¿no puedes amar a la mujer que hay en mí?

—No.

—¿Acaso no soy bonita?

—¡Ah, tú eres muy bonita! —le respondí mirándola como si fuera la primera vez, con enorme admiración—. ¡Realmente, qué hermosa eres! Pero la belleza de la alma, esa que es mucho más importante que esta que posees, desti-

nada a ser devorada por los gusanos, ésa no la has obtenido. No posees un solo rasgo de espíritu que pueda estar a la par con el mío. No posees un corazón que te permita sentir como yo siento y, sobre todo, te falta capacidad para la seriedad, porque tú eres frívola hasta la médula.

—Yo... amigo mío... pero... —su rostro estaba encendido. Se encogió de hombros y sonrió con una mueca en la que se veía cuán apenada y confundida se encontraba.

—Y, además, no eres sincera...

—Sí, sigue ofendiéndome, insúltame —dijo, finalmente, con arrogancia y sin ninguna agitación—, pues soy solamente una mujer.

—Perdone usted —hice una inclinación de cabeza y me dirigí hacia la puerta.

—¡Espera! Todavía no hemos terminado.

—Pensé que sí.

—Quiero que me digas qué es lo que he hecho de tan terrible... —dijo ella frunciendo el ceño. Parecía tranquila, pero se notaba su agitación en cómo parecía a punto de emprender el vuelo con sus aletas nasales.

—¿Qué es lo que ha hecho? —le respondí preguntando a mi vez—. Usted ha destruido mis ideales. Usted ha de reírse, ha de decir: “¡Ideales! Yo misma hace rato que no poseo ningún ideal; no sé si alguna vez los tuve, pero, en todo caso, soy feliz”. Bueno, yo, por mi parte, sí los tenía y era feliz con ellos. Tenía el ideal de que podría existir una mujer a la que podría amar espiritualmente y que era capaz de ser amada del mismo modo. Usted corporizó ese ideal por un momento, jugando a ser esa mujer, para luego engañarnos del modo más vil. Usted no estaba satisfecha con los sentimientos puros y sagrados que había despertado en mí. La vanidad femenina

no podía tolerar el pensamiento de no ser suficientemente atractiva, de no fascinar, de no reducir a la nada, de no seducir...

—Eres muy cruel conmigo, Henryk —exclamó Nadiezhda, alejándose algunos pasos—. ¡Tú y tu idealismo! ¿Acaso no lo ves, no ves que te quiero y cómo te quiero?

Había comenzado a sollozar agitadamente, mientras se refugiaba en los almohadones del sofá. Mi energía había llegado a su fin. Por un momento sentí el impulso de arrojarme a sus pies, inclusive di dos pasos hacia ella con ese propósito, pero sin embargo pude contenerme y abandoné rápidamente el salón. Una vez afuera sentí una terrible angustia, que por un instante pareció que iba a adueñarse de mí. Pensé en regresar, pero a pesar de todo seguí mi camino. Oí ya distante un grito —ella había pronunciado mi nombre—, y luego todo quedó en silencio.

2 de junio

¡Querida mamá!

Te sientes preocupada por lo que crees es un sufrimiento mío exagerado e innecesario. En realidad, ahora pienso sólo en ti, y me siento tranquilo conmigo mismo. Y también me doy cuenta de que es bueno que sea un idealista, porque eso me reconforta. No existen los ideales; eso lo sé como el que más. Pero, lo que sí existen son personas que llevan dentro de sí un ideal y esto las hace felices. Sí,

mamá, estoy en paz conmigo mismo e inclusive me siento alegre.

Y, por otro lado, llegué al convencimiento de que todo tipo de idealismo, todo tipo de poesía, habita solamente en el varón, mientras que a la mujer le es innata la prosa. Su interés en la ciencia, en el arte, en las manifestaciones públicas radican en un puro juego y en su vanidad.

La mujer es preponderantemente sensual por naturaleza. Ella exige del hombre ser amada con sus sentidos. Por otro lado, percibe claramente la superioridad intelectual del varón, la calidad de su espíritu y de su carácter, y siente que debe sojuzgarlo sensualmente para poder tomarse la revancha. Y por eso se siente desautorizada y mortalmente ofendida cuando él reacciona de modo frío y racional, y especialmente cuando no se siente atraído por su belleza. Será solamente feliz cuando pueda sustraerle al varón su ventaja, es decir, su capacidad de raciocinio.

De aquí la súbita y casi elemental atracción de los opuestos, pero también de aquí nace el igualmente rápido rechazo.

Entretanto, no me hago demasiadas ilusiones sobre este amor, aunque todavía estoy necesitado de una prueba; es decir, quiero probar que la mujer es tan incapaz para el amor espiritual como le es imposible ser fiel en el plano sensual.

Lo que nos queda es la amistad, la sincera amistad varonil. Yo entiendo así *El Banquete* de Platón. Pero todavía me queda mucho más, te tengo a ti, tengo a papá y a mis hermanos, a mi amigo Schuster y, finalmente, también tengo la amistad de mi gatita negra. He conseguido una licencia y, por eso, en pocos días estaré en casa de

---

visita para verte, para verlos a todos. Aquí va mi cariño para cada nido de golondrinas que anide en casa y para cada tela de araña que se haya formado.

Tu fiel hijo  
Henryk

Cuando le devolví las cartas a la condesa Von Tarnow, ella me preguntó enseguida con gran ansiedad mi opinión.

—Encuentro que Henryk ha exagerado bastante la cosa —le dije—. Alguien a quien amaba tanto, y luego dejarlo por una cuestión de... faldas. En fin, un verdadero Platón.

—Y, sin embargo, él tenía razón —me contestó la condesa.

—No entiendo.

—Henryk encontró a la condesa rusa seis años después en Bädén-Baden, cuando ella ya había enviudado y él había dejado de ser oficial. En el Paseo de la ciudad, ella se le tiró al cuello rememorando el pasado. Una hora más tarde estaban los dos en su salita íntima y él a sus pies. Ella pasó a ser su esposa. Y entonces, ya lo ve usted, ha transcurrido apenas un año de esto y ya se han separado.

—Para mí todo, todo, es muy extraño.

—Al contrario, esto es bastante habitual —dijo la condesa—. Ella encontró a otro admirador.

—¿Y él?

—Él está ahora con su amigo Schuster. Schuster se compró una granja en Hungría, donde nació. Allí se han construido dos pequeñas casas una junto a la otra. Ambos se han refugiado en esa comunicación entre sí, con la naturaleza y con sus estudios. ¡Son dos Diógenes! Cada uno en su tonel, nada más que sus toneles parecen ser bastante confortables.



## APÉNDICE



Una aventura de Leopold Sacher-Masoch relacionada con *El amor de Platón*, relatada por su esposa Wanda en su autobiografía\*.

A comienzos de noviembre de 1877, mi marido recibió la siguiente carta:

“¿Cuánto queda en ti de ‘el nuevo Platón’?  
¿Qué es capaz de ofrecer tu corazón?  
¿Amor a cambio de amor? Si tu deseo no  
ha sido una mentira, entonces has encontrado  
lo que buscabas. Yo lo soy, porque es necesa-  
rio que lo sea,  
tu Anatol”.

La carta provenía de Ischl, pero tenía un remitente de la poste restante de otra ciudad, creo que Salzburgo. Esta carta puso a Leopold en un terrible estado de excitación

\* En Confesión de mi vida, la primera esposa de Leopold von Sacher-Masoch relata los extraños encuentros que ella y su marido tuvieron, al parecer, con Luis II, el romántico rey de Baviera, y con el amigo del rey, el príncipe Alejandro de Orange. Estos encuentros estuvieron motivados por los deseos de Sacher-Masoch de reencontrar a El Griego de La Venus de las pieles, y por su novela El amor de Platón, uno de cuyos personajes es Anatol, una hermosa mujer disfrazada de hombre.

y de curiosidad. Hacía alusión a una de sus novelas, *El amor de Platón*, parte del ciclo *El legado de Caín*. La escritura era la de una persona distinguida. ¿Quién podría ser? ¿Era un hombre? ¿Era una mujer? Resultaba imposible averiguarlo por la carta. Se trataba en todo caso de una aventura interesante, que no debería dejarse escapar.

Temblando de excitación, Leopold respondió:

“Anatol:

Vuestras líneas han agitado mi alma como la tempestad agita el mar; éste siente crecer sus olas hasta las estrellas pero inútilmente, ya que una estrella ha descendido hasta él...

Preguntas cuánto queda en mí de ‘el nuevo Platón’. Todo, Anatol, queda todo, y más de lo que fui capaz de describir en la historia del nuevo Platón. Pues hay un amor, hay emociones, ensueños, santas inspiraciones del alma que la pluma, por su pobreza, es incapaz de reproducir.

Tu pregunta me prueba que dudas de mí.

Con mucha frecuencia se me juzga equivocadamente porque en muchas de mis obras he descrito el mundo y la vida como algo vil y repulsivo, y hay muy pocos que comprendan que son el dolor y la desesperación de un alma noble por la fealdad moral de los humanos lo que me hace arrojar sobre el papel palabras tan amargas y cuadros tan sombríos. Siempre que he descrito naturalezas ideales, las he sa-

cado de mí mismo, sobre todo en el nuevo Platón.

¿Qué es capaz de ofrecer todavía mi corazón? Todo aquello que puede ofrecer un corazón de hombre y de poeta. ¡Amistad por amistad, amor por amor!

¿Voy a dudar si tú me dices que he encontrado lo que mi santo anhelo estuvo buscando en días de sol y en la fantasmal oscuridad de la noche, cuando se me apareció Anatol en sueños y me robó la calma y el sueño?

Si tú eres Anatol, entonces soy tuyo, ¡tómame!

Con toda mi alma,  
tu Leopold".

Mi marido esperó la respuesta en un estado de tensión indescriptible. Por fin llegó. Decía así:

"Leopold:

¿Nunca has llorado por dentro?

Aquí estoy sentado y tengo secos los ojos, mientras siento correr las lágrimas una a una en el corazón. Me recorre el cuerpo un escalofrío y mi alma lucha como si quisiera librarse violentamente de la prisión del cuerpo.

¡Tú llenas todo mi ser!

Acaban de entregarme tu carta. Y desde que la leí lo único que sé es que te amo infinitamente, como sólo tú puedes ser amado, como puede amar Anatol.

Todo lo que hay de bueno, noble e ideal en mí, todo eso será tuyo; la chispa de divinidad que hay en todo ser humano quiere convertirse en una hoguera consagrada a ti..., y si este amor puro, espiritual, santo, no hace de mí tu Anatol, entonces es que no lo soy.

¡Soy yo Anatol, soy tu Anatol!

¿Para qué necesitas de los demás? ¿No me tienes a mí, no soy yo tu todo?

A ti te pertenece cada uno de mis sentimientos, cada una de mis respiraciones. No tengo sentimientos para ninguna otra cosa. ¡Si este estado es tan inacabable como la pasión que lo ha suscitado, pereceré!

Vivir o morir..., ¿qué importa?

En sueños estás siempre contigo,

tu Anatol".

Era una excentricidad, pero era bueno; "coloreaba" la literatura. Y eso era precisamente lo que Leopold necesitaba. Además, cuando una relación hermosa está hecha de anormalidad y falsedad, ¿es por ello menos bella?

Por eso estaba yo firmemente decidida a "colaborar", en la medida en que pudiese.

Era muy interesante observar a Leopold. Cuando escribía esas cartas estaba convencido de que era realmente el hombre ideal por el que se hacía pasar, y se emocionaba mucho consigo mismo. Pero una vez despachada la carta, dejaba el idealismo de lado y consideraba la cosa desde el lado práctico. Pues si bien la exaltación del otro parecía verdaderamente sincera, mi marido sabía muy bien que la suya no lo era y que, aun sin proponérselo, la

fabricaba parte por parte. Además, *El amor de Platón* no era el caso de Leopold. Quien escribía aquellas cartas firmando "Anatol" sabía por fuerza muy poco de Sacher-Masoch para llegar a suponer tal cosa.

Leopold creía y esperaba firmemente que fuese una mujer; pero como tenía miedo de que entonces pudiera haber conflictos conmigo, simulaba creer y esperar lo contrario. En ambos casos se trataba de una relación puramente espiritual, y, en el caso de Leopold, de una mentira. Era una de aquellas mentiras a las que se aferraba y que nunca hubiera reconocido como tales, aunque resultasen evidentes, pues su fe en sí mismo, en su valor moral, se basaba en ello. Y no podría vivir sin esa fe.

Pensando en el momento de la decepción, ya entonces me daba pena aquel soñador de Anatol, que, ciego como un niño o como una joven enamorada, entregaba su alma. Pues no parecía saber nada de Sacher-Masoch hombre, no parecía tener ni la menor idea de la situación en que vivía: no decía una sola palabra de que estuviese *casado*. ¡Un Platón casado! Ciertamente, Anatol no había soñado con semejante cosa.

La correspondencia continuó. Como las cartas no estaban fechadas nunca en el mismo sitio y también eran enviadas a distintos lugares, todo aquello consumió mucho tiempo. Las cartas llegaban de Salzburgo, de Viena, de Bruselas, de París y de Londres. Era evidente que Anatol escondía con miedo su identidad.

Leopold lo apremiaba a un encuentro personal, pero sin exigir saber quién era.

Aquello irritó a Anatol. ¿Para qué un encuentro personal, tratándose de un amor espiritual? Intentó esquivarlo,

pero no supo resistir a la elocuencia de Leopold. Éste lo apremiaba cada vez más. Por fin, tras muchas vacilaciones, y casi con un grito de desesperación, Anatol se avino a encontrarse con Leopold, pero sólo con la condición de que se comprometiese a seguir puntualmente las instrucciones que le daría. Estaba claro que el remitente de las cartas tenía mucho que temer de una indiscreción..., y lo temía.

Leopold aceptó, como es natural, todas las condiciones.

El encuentro se celebraría en Bruck.

La elección del lugar, un pueblo en el que habíamos vivido largo tiempo, que hacía poco que habíamos dejado, en el que todo el mundo conocía a Leopold y en el que un azar cualquiera, del que no podría hacérsele responsable a él, habría podido delatar la identidad de su amigo, fue para mí una prueba más de que Anatol no sabía que estábamos casados.

En un terrible día de diciembre emprendió mi marido el viaje. Le habían indicado el tren que debía tomar; iría al hotel Bernauer, de Bruck. Y allí habría de esperar, en una habitación completamente a oscuras, con las cortinas corridas y con los ojos vendados, a que a medianoche se oyese tres golpes en la puerta. Hasta que Leopold no oyese el tercer golpe no diría: "Pase". Y no se movería de donde estaba.

Tales medidas de precaución resultaban comprensibles únicamente si se trataba de una mujer; en el caso de un hombre parecían ridículas.

Mi marido se despidió, pues, cariñosamente de mí, firmemente convencido de que pasaría la noche siguiente con una hermosa mujer.

Aquella noche yo dormí, extrañamente, con absoluta tranquilidad.

No me creía con derecho a estropear a mi marido con mezquinos reproches una aventura tan bella e interesante. Llegados a tal punto, también yo tenía fuerza para reprimir todas las demás reflexiones, y además Leopold había sido completamente honrado conmigo en este asunto, a excepción de la condición masculina o femenina de la persona que iba a conocer. Una circunstancia atenuante para lo que ocurrió en Bruck. Leopold regresó al día siguiente, tan irritado y tan ignorante de la persona de Anatol como en el momento de emprender el viaje.

Me contó lo siguiente:

Al llegar a Bruck fue inmediatamente al hotel Bernauer, cenó, ordenó una habitación y esperó. Al poco tiempo le entregaron una carta de Anatol. Eran tres folios escritos con letra pequeña: un grito de angustia por el paso que estaba a punto de dar, por la tremenda alegría del encuentro y por el miedo a sus consecuencias.

Aquella carta hizo desaparecer las últimas dudas que aún pudiera abrigar Leopold sobre el sexo de la persona a la que estaba aguardando. Así escribe sólo una mujer, una mujer de posición elevada, a la que la menor indiscreción puede arrastrar a una situación espantosa. Era una carta tan suplicante, tan desesperada, parecían estar en peligro tantas cosas tan serias, que Leopold, lleno de compasión y a la vez asustado por su responsabilidad, pensó por un momento en retirarse. Lamentaba no poder informar a Anatol de su deseo, pues se había comprometido a no preguntar quién era. Así es que no le quedó otra solución que aguardar el desarrollo de los hechos. En las largas horas que estuvo esperando en la habitación del

hotel, se debilitó también esa impresión; el ansia de conocer a la bella desconocida era superior a su compasión. Y cuando se acercaba la medianoche y Leopold corrió las cortinas, se vendó los ojos y vio transcurrir en un estado de máxima tensión los últimos diez minutos, estaba firmemente decidido a develar lo que el destino arrojaba en su camino.

Una vez que sonó la última campanada de las doce, Leopold oyó unos pesados pasos que subían la escalera y se acercaban a su habitación. Convencido de que un criado del hotel le llevaba otra vez una noticia, una noticia que contrariaba sus expectativas, mi marido estaba a punto de quitarse la venda de los ojos cuando sonaron en la puerta los tres golpes suaves y cautelosos, exactamente tal como le habían dicho que sonarían. Dijo: "Pase", y oyó cómo se abría la puerta y entraban en la habitación los mismos pesados pasos de antes.

¡Se trataba, pues, de un hombre!

Mientras mi marido trataba de superar un sentimiento de decepción, una voz prodigiosamente melodiosa, pero que temblaba de emoción, dijo:

—Leopold, ¿dónde estás? Guiáme, no veo nada.

Mi marido tomó la mano de aquel hombre y lo condujo al diván. Ambos se sentaron en él.

—Confiesa —dijo la misma voz— que aguardabas a una mujer.

El desconcierto causado en el espíritu de Leopold por la ya no esperada aparición de un hombre había desaparecido; mi marido había sopesado con cuidado la posibilidad de que el desconocido fuese un hombre y tenía proyectos para ambos casos: si era una mujer, sería la Venus de las pieles; si era un hombre, sería El Griego. Y aunque

en el primer momento le dolió realmente que no fuese una mujer, pues su imaginación había estado ocupada únicamente con ella, ahora casi prefería haber encontrado por fin a El Griego, al que había estado buscando durante tanto tiempo.

Leopold respondió a las palabras de Anatol:

—Por tu última carta tenía que temerlo: ¡realmente te envuelves en misterios!

—¿Temer? ¿No has quedado, pues, decepcionado?

Ambos hombres estuvieron sentados en el diván hasta las cuatro de la madrugada. Anatol habló sólo del amor espiritual, incorpóreo, dijo que aún no había tocado a ninguna mujer y que era “puro de cuerpo y de alma”.

Pero la persona que estaba sentada junto a Leopold no era ya un muchacho, ni tampoco un joven, sino que era un *adulto*, más alto y más fuerte que Leopold... ¿y aún no había tocado a ninguna mujer? ¿Qué significaba aquello?

Mi marido poseía una elocuencia peligrosa, arrebatadora; no convencía, pero si alguien se enfrentaba a él desarmado, estaba perdido.

Eso fue lo que le ocurrió a Anatol, que, además, estuvo muy cohibido durante toda la entrevista.

Leopold acabó apoderándose del espíritu de Anatol y lo llevó paso a paso adonde quería llevarlo. Le dijo que estaba casado, que su mujer era encantadora, que tenía un hijo que era tan bello como un ángel, y que era magnífico seguir enamorado de su mujer después de cinco años de matrimonio. A esto, el otro respondió conmovido y casi con humildad:

—Oh, te lo agradezco, me has quitado de encima una gran congoja...

—¿Eres bello? —le preguntó Leopold.

—No lo sé.

—¿Te consideran bello?

—Como soy un hombre, ¿quién iba a decírmelo?

—Tú mismo. Eres bello, lo noto. Quien posee una voz como la tuya ha de ser por fuerza bello.

—Pero quizás yo no te agradaría a ti.

—¡Tú! Tú eres mi dueño, mi rey. Pero si tienes miedo, muéstrate primero a Wanda, a mi mujer, ella me conoce..., si ella me dice que debo verte, estará en lo cierto.

Leopold apremiaba y el otro se defendía. Llegó la hora de la despedida.

—¡Adiós! —dijeron ambos.

En ese momento un ardiente beso quemó la mano de mi marido.

Se separaron.

Leopold regresó a Graz con el primer tren.

Hubo nuevos intercambios de cartas. A mí me enredaron en aquella historia. Leopold mandó a aquel hombre nuestros retratos y le pidió que nos enviara el suyo. Pero siempre nos lo negó con diversas excusas [...].

El viejo juego recomendó con vacilaciones, indecisiones y promesas incumplidas. Era, además, un juego falso: por una parte desconfianza, y por la otra, insinceridad.

Mi marido, que sólo pensaba en El Griego, seguía tenso y excitado. Y yo, ahora que sabía adónde llevaría aquella historia, estaba arrepentida de haber “colaborado”. Me había alegrado cuando se produjo la ruptura y ahora lamentaba que el asunto empezase otra vez, pues temía un final desagradable.

Estábamos en mayo. En el teatro Talía iba a darse, por un motivo que no recuerdo, una función especial; entonces recibimos una esquela de Anatol, que nos decía que acudiría al teatro y que deseaba vernos allí.

No sabíamos que Anatol estuviese en Graz. Leopold estaba muy excitado. Decía que Sacha debía acompañarnos, para que Anatol viese a nuestro hermoso hijo. Los palcos abiertos del teatro Talía se prestaban muy bien para ver a sus ocupantes; Anatol, al que no conocíamos, tenía la ventaja de conocernos por las fotografías que le habíamos enviado, mientras que nosotros no podíamos pensar en reconocer, en aquel teatro completamente lleno, a alguien al que nunca habíamos visto.

Anatol había escrito en una ocasión que se parecía a Lord Byron Jovan, y Leopold creyó ver por un momento, en la entrada del teatro, escondido tras una columna, a un hombre que tenía aquel aspecto. Pero no quiso dirigirle una mirada indiscreta, y se dejó empujar adentro por la multitud.

Es una sensación extraña la que se tiene al saber que estás sentado en un sitio y que dos ojos ardientes, a los que no ves, están posados continuamente en ti y examinan con una curiosidad febril cada uno de los rasgos de tu rostro.

Al día siguiente llegó una nueva carta de Anatol. Nos citaba en el hotel El Elefante. Allí deberíamos esperar noticias en el comedor, pues esta vez quería hablar con nosotros.

Obedeciendo a aquella invitación, por la noche acudimos al comedor del hotel El Elefante. Poco después se nos acercó un criado, que rogó a Leopold que lo siguiera adonde estaba aguardándolo un señor.

No estuve fuera mucho tiempo. Al volver me dijo que Anatol me rogaba que subiera a verlo; el criado me esperaba afuera para guiarme. Me levanté con el firme propósito de acabar con aquel juego. El criado, que no era un camarero corriente, sino que tenía mucho "estilo", me llevó, tras subir la escalera y recorrer varios pasillos, a un elegante salón, que estaba iluminado. Desde él me condujo a otro salón que se hallaba completamente a oscuras. El criado se fue. Yo me quedé envuelta en tinieblas.

—Oh, Wanda, por favor, acércate —dijo una voz suave y delicada, que salía de la oscuridad.

—¿Eres Anatol?

—Sí.

—Habráς de guiarme —dije—, pues no veo nada.

Un momento de silencio. Se acercaron entonces a mí unos pasos vacilantes; una mano buscó la mía y me llevó a un diván.

Yo me había quedado muda de sorpresa.

El hombre que se había acercado a mí y que ahora estaba sentado a mi lado no era, desde luego, el Anatol con el que había hablado Leopold en Bruck. Pues quien estaba junto a mí era pequeño de estatura y, como pude ver, pese a la oscuridad, contrahecho. Su voz tenía también el tono casi infantil propio de los jorobados; no era una voz profunda y llena, como la que había fascinado a Leopold en Bruck.

—¿Quién era, pues, aquel hombre?

Le dirigí la palabra, pero el pobre estaba tan cohibido que apenas pudo responder.

Me fui pronto, por lástima [...].

Al día siguiente, estábamos todos aún en el comedor, después del almuerzo, cuando sonó la campanilla de la puerta y la criada trajo una carta; dijo que un señor esperaba fuera la respuesta.

La esquela era de Anatol, o mejor dicho, no de Anatol, sino del desdichado con el que yo había hablado el día anterior en el hotel El Elefante. Me rogaba que lo recibiera yo sola.

Como mi marido, los niños y Kapf estaban en el comedor, hube de llevar al visitante hasta mi habitación, haciéndole atravesar la cocina, el cuarto de los niños y la habitación donde trabajaba Leopold.

Era un hombre joven, de pequeña estatura, contrahecho; sus cabellos eran de color amarillo rojizo y tenía el rostro suave, pálido y triste tan frecuente en los contrahechos [...].

—Perdóname, Wanda, este engaño y esta mentira...

—No tengo nada que perdonarte. [...]

—Te agradezco, Wanda, que me hayas permitido despedirme de ti. Me marcho esta noche, en el tren de las once. Hazme un favor, Wanda, ve con Leopold al teatro para que pueda verlos, para que hasta el último momento pueda respirar el mismo aire que vosotros. Tras la función os estaré aguardando en mi carroza, a la sombra de la catedral, con la esperanza de que no me neguéis la limosna de un último apretón de manos, de un beso de despedida.

Se fue como había llegado.

Por la noche acudimos al teatro, y tras la función encontramos la carroza a la sombra de la catedral. Al acercarnos apareció en la ventanilla, que tenía medio bajadas

las cortinas, un rostro oculto tras un antifaz; dos brazos salieron de la ventana, abrazaron a Leopold, lo atrajeron. Y los dos hombres se besaron. A continuación, aquellos dos mismos brazos buscaron mis manos, sobre las que sentí unos labios ardientes. Luego el enmascarado se dejó caer pesadamente en el asiento; la ventana se cerró y la carroza se puso en movimiento.

Durante aquella escena no se pronunció ni una palabra. También nosotros estábamos allí mudos y seguimos con la mirada el enigma que desaparecía en la oscura noche.

¿Quién era? ¿Anatol o el contrahecho? No lo supimos.

Años más tarde, un azar nos proporcionó la casi seguridad sobre quién era Anatol.

En el año 1881 pasamos parte del verano en la aldea de Heubach, cerca de Passau. Allí conocimos al doctor Grandauer. Era médico, pero no ejercía, y había estado empleado como director de escena en el Teatro de la Corte en Munich. Era un gran conocedor de las artes y un gran investigador y pasamos muchas horas agradables con él.

Un día en que estábamos hablando de arte nos contó detalles de las obras artísticas que atesoraban los castillos del rey de Baviera. Con ese motivo habló de los gustos artísticos de Luis II y también de las rarezas de ese rey, que él juzgó desde el punto de vista médico.

Escuchamos con mucha atención todo lo que el doctor Grandauer contaba, pues nos sonaba conocido. Nos miramos y en nuestros labios apareció un nombre: Anatol.

Cuando el doctor calló un momento, le pregunté:

—¿Y quién es el hombre contrahecho, de baja estatura, que, según se dice, es el amigo del rey?

-Ah, sin duda os referís al príncipe Alejandro de Orange, el hijo mayor del rey de Holanda. Un pobre diablo.



## ÍNDICE

Prólogo por Jacques Le Brun, 5

*El amor de Platón*, 9

Apéndice, 107